

A woman with long, wavy red hair, wearing a blue strapless gown with lace and a sheer white veil, holds a bouquet of white lilies and blue flowers. She is set against a large, glowing full moon in a blue sky. A small black cat sits on a rock to her right, and a butterfly is visible in the air. Petals are scattered around her.

Becky Blue

El enigma de la mujer
encantada

Raúl Mendoza Cánepa

B ECKY BLUE

Primer libro

El enigma de la mujer encantada

Raúl Mendoza Canepa

Manual de instrucciones y casillero 1

Instrucciones para el juego:

¿Qué persigue Tony? ¿Quién es Becky Blue? y ¿Quién domina el mundo? son las interrogantes de este juego de azares y sortilegios, cuyo último casillero es el 100. Este es el primer libro de una saga que me llevó años concluir. Entrelíneas se esconden los grandes misterios que usted deberá descifrar.

1. Dos jugadores tiran los dados en el universo. El señor del bien posee los dorados y domina el buen destino de los hombres. Marco, el señor del mal, tiene los dados negros entre sus manos. Usted será ajeno a las claves de este juego hasta que descubra el gran secreto que lo convierte en jugador. Si logra tal hazaña, siga fielmente su turno.
2. En este juego solo es posible avanzar consecutivamente y de uno en uno casillero por casillero. Aquel jugador cuya tirada suma más puntos en ambos dados es el que tiene derecho a colocar su pieza en el casillero próximo, mientras que el rival espera su turno. Por lo pronto usted es la pieza.

3. Si el jugador echa los dados y obtiene doce puntos tiene la potestad de llevarlo a usted a avanzar varios casilleros. Por ejemplo, del 20 al 60 o del 50 al 80, entre otros.

4. Si el jugador echa los dados y obtiene dos puntos sumados entre ambos, tendrá la potestad de hacerlo retroceder varios casilleros. Por ejemplo, del 20 al 10 o del 50 al 3, entre otros.

5. El casillero 100 puede ser la buena fortuna definitiva si es que gana el dios de los dados dorados o, por el contrario, de infortunio si es que gana el dios de los dados negros.

6. Si descubre el gran secreto de los dioses, los dioses del destino dejarán de jugar y usted elegirá siempre dónde ubicarse. Es la realización de todos sus deseos ¿Está preparado?

La ruta se inicia aquí.

Casillero 1

Habíamos corrido presurosos por la vieja calle de los sauces. Andrea y Mirella debían llegar puntuales a la escuela. Una neblina densa casi cubría nuestros cuerpos. Ese era el escenario real de una mañana cualquiera en el alba circular, en ese día que se repite sin tregua ni incidencias.

Tras dejarlas a buen recaudo en la escuela caminé algunas cuadras. Un perro negro con ojos pardos me persiguió, abrumado me vi forzado a acelerar la marcha hasta guarecerme en una bodega. Me parecía extraño que un animal me siguiera con una obsesión inexplicable. Era como en uno de esos cuentos de horror que Sonia les lee a las niñas antes del sueño.

Cuando logré evadir aquella presencia fantasmal seguí mi ruta, dispuesto aún a visitar la casa vacía de mi padre. Él había muerto repentinamente hacía dos meses y su casa era una isla abandonada a su suerte, puesta en venta, silente, espectral. Algunos vecinos contaban que dos canarios sobrevolaban su techo y que en algunas tardes se colaban por una de las ventanas abiertas. Me extraña porque en los meses previos a su muerte, un canario se montaba sobre el espejo retrovisor de su viejo Volvo. Era como el visitante asiduo de las mañanas de estío. Un día y otro, un día y otro. Con el tiempo me convencí que era el alma desconocida que venía por él antes del fin. Quizás su madre o su padre.

Sería la última vez que ingresaría por esa puerta de madera crujiente en aquella casa de San Miguel. Había llegado solo para despedirme del viejo, de sus retratos, de su ausencia, de sus sillones desvencijados. Pero lo que ocurrió, en definitiva, fue el evento más extraordinario y sobrecogedor de mi existencia. No debería escribir este libro ni compartir un secreto que pertenece a las brumas y que pocos de ustedes creerán. Desde este escritorio

apunto sobre todos aquellos eventos que realmente ocurrieron. Nunca sabré si es que lo soñé o fue real. Todo era tan vívido. Me tomé cuatro años esperando hasta que me atreví a publicarlo. Cambié algunos datos, también algunas fechas. Esta no es una novela, es la memoria puntual de una secuencia de hechos que me demostraron que la lógica del universo se rige por los dados, como en un juego...hasta que descubres el secreto de los dioses.

Es probable que nadie crea de cuentos extraños y que la lógica de la naturaleza prevalezca a las fantasías. No espero que me crean. Soy un cronista a salvo de las alucinaciones. Soy Tony Canepa, tengo cuarenta años.

Los misterios hay que respetarlos, decía mi madre. Un haz de luz atravesó la sala aquella vez mientras examinaba la casa vacía. Desde luego que me santigüé e hice de tripas corazón para no ganar la calle de tres zancadas. Pero permanecí inmóvil mientras la luminiscencia tomaba la forma de un pequeño cuerpo humano. Y mientras más fijo miraba esa esencia febril, fuente de un calor sofocante, más podía distinguir los colores y los contornos de la piel y de las vestimentas azules. Era una bella mujer. Sus ojos eran un gran signo de interrogación. Sus ojos eran como el coral y sus cabellos dorados caían sobre sus hombros, en rizos ordenados.

- Me llamo Becky Blue -dijo, extrañada de mi presencia.

Me contuve, me temblaban las piernas y los ojos se salían de sus cuencas.

-Soy Tony ¿eres un fantasma? ¿Una alucinación? -pregunté.

- No sé qué soy ¿esta es tu casa? -interrogó, fascinada por los objetos que aún quedaban sobre los muebles de madera.

-Sí, alguna vez viví aquí -respondí.

Me sorprendió ese candor, tan propio de los que descubren el mundo y se maravillan con un reloj o una pieza de artesanía. “Qué edad tienes”.

- Tengo veinte años ¿qué es esa cosa verde sobre el muro? -preguntó.

-Es un reloj

-¿Y para qué sirve?

-Para medir el tiempo.

- ¿El tiempo de qué? -insistió.

-El tiempo que tenemos programado para cada cosa ¿nunca has visto uno?

-No. Pero no entiendo por qué programan cada cosa.

-Hay un tiempo para cada evento. Trabajamos durante un fragmento del día, contamos las horas. Nos alimentamos a las dos o tres. Hay un lapso para dormir... ¿Quién eres? No he bebido ¿Una alucinación? No, si lo fueras no me responderías para justificar tu presencia.

Parecía fascinada por el artefacto, pero no entendía aquella arbitraria programación del tiempo ni su lógica. Le resultaba curioso un artilugio de plástico cuya mayor virtud era la consecución de números en círculos interminables.

- ¿Quién eres? -insistí.

- Una mujer vestida de azul -dijo, con esa voz suave y aflautada que acallaba mis ruidos.

Tomó uno de los adornos y lo observó en cada uno de sus detalles.

- ¿Eres un fantasma? -pregunté con insolencia.

No se inmutó, parecía desconocer las respuestas y haber sido secuestrada por una fuerza extraña que la mantenía obnubilada. No estaba dispuesta a revelarme su identidad. Tornó los ojos al reloj.

- No entiendo aún para qué programan las cosas.

-Para tener un orden -le dije.

- ¿Y el orden qué es, de qué sirve?

No tuve una respuesta inmediata. Ensayé algunas, sin ningún éxito, pues me continuaba observando con aquel preocupado asombro. No sabía aún si era ella quien me había descubierto o si la aparición era aquel sujeto esmirriado reflejado en el espejo, aquel que habitaba la tierra del miedo con una lámina de sudor sobre la frente. Se acercó muy lentamente, temerosa de mis reacciones. Ignoraba que yo la contemplaba con similar pavor.

- ¿Por qué no comen si desean comer y duermen en el momento que les llama el sueño? No me has dicho mucho sobre este aparato.

Le expliqué que me sentía extraño diciéndole a un espectro o a una visión renuente a presentarse cómo funcionan los relojes o el concepto del tiempo. Pese a su ignorancia sobre las cosas sencillas, entendía mis referencias a San Agustín o Platón, pero no le sorprendía las teorías. No repreguntaba, pero su mirada clara parecía sorprenderse de los objetos básicos: los huevos de alabastro, el bodegón del lienzo de mi madre y, desde luego, el reloj.

-Yo voy despacio, no me apuro, nadie me apura -dijo muy despacio. Luego preguntó: "¿Hay alguien que te apura?".

- Sí -respondí y luego guardé silencio y permanecimos algunos minutos estudiando la materia de la que estábamos hechos.

- ¿Eres un fantasma? -me preguntó.

Le dije que no era yo, precisamente, quien había aparecido de la nada. No se inmutó, pero insistió con la pregunta. Desde luego, le narré algunos hechos de mi infancia en aquella casa y los últimos acontecimientos, incluyendo la muerte de mi padre. Era una manera de afirmar mi existencia sobre la suya.

- Pero ¿eres un fantasma? -insistió.

Callé y me sobrepuse a su curiosidad: ¿Quién eres?

- Soy una mujer vestida de azul ¿no ves?

Me pidió que la ayudara en el trajín de dar una vuelta por aquellas calles del barrio que me había albergado por décadas. Nunca había pisado una vereda ni descubierto la majestad de una flor. ¿Un hada? ¿Un genio? Sospeché que sabía más de lo que aparentaba conocer y que había rastreado cada pormenor de mi existencia.

-¿Eres un fantasma? ¿Sabes de mi padre? -indagué.

Guardó silencio, extrañada de mis interrogantes y tomó mi mano, dispuesta a ganar la calle acompañada de este mortal sobrecogido por aquella experiencia que estaba dispuesto a esconder para siempre. Eran las diez y las nieblas se habían difuminado. Un tenue rayo de luz prendió sobre su cabellera. Le manifesté mi prisa, debía llegar al diario donde trabajaba al mediodía para escribir una nota, pero la situación sobrenatural me excusaba de todas mis obligaciones. Una aparición en el medio de la sala de una casa abandonada, ella tan extrañada como yo. Me detuvo en seco y me preguntó sobre aquellas inefables tareas que, cada vez más, me costaba explicarle.

- ¿Tienes también un reloj en el antebrazo?

Me miró de soslayo. Caminamos algunos metros hasta la avenida.

Casillero 2

Ella guardó distancia, se mantuvo en silencio durante unos minutos mientras observaba las decenas de rostros que asomaban a lo largo de la Avenida La Marina. Se detuvo en una esquina y preguntó:

- ¿Cuántos son?

-¿Cuántos son qué? -repliqué

-Las personas...

-Son miles de millones en todo el mundo.

-Son muchos -dijo- tantos que no se miran. Ese señor flaquísimo de allá (señaló), no miró a aquel señor oscuro que pasó a su lado, ni siquiera lo saludó. Es extraño.

-No se conocen, no tienen razón para saludarse, ningún vínculo en común.

Los ojos de Becky se humedecieron. Permaneció contemplativa unos minutos y luego dijo: "Entonces solo los que te conocen te saludan, vendrán si te enfermas o te llorarán si mueres". Era una pregunta simple cuya respuesta era una de mayor profundidad que, por cierto, no le iba a gustar. Temía que no me entendiera esta vez.

- El hecho de conocer a alguien no significa mucho para muchas personas.

Tenemos muros entre los hombres. No es fácil de explicar. El círculo se reduce aún más y tanto que detrás de ti vendrán tus padres, tus hijos, tu mujer...Unos pocos más si es que tienes suerte".

Esbozó una sonrisa y preguntó: ¿Entonces todos tienen una pequeña familia?

-Sí, así es.

-No todos, allá hay un señor con una lata en la mano, parece muy pobre. No veo a nadie alrededor de él. Todos pasan sin mirarlo ¿tendrá un hijo o un papá?

Le expliqué que no todos tienen a alguien cerca y que la vida suele ser vil y mezquinarle a muchos el afecto. Algunos lo pierden todo. Es la trágica precariedad de nuestra existencia.

-¿Precariedad?

- Sí. Y a todo esto ¿Te llamas Becky? ¿Becky Blue? –pregunté, a la vez reafirmando lo que había escuchado.

- Solo Becky –dijo rastrillándose la cabellera con los dedos.

-Pero ¿De dónde vienes? ¿Eres un ángel?

-De la casa de tus papás, que según tú es de tus papás, pero es mía. Es allí que me encontraste. Allí siempre viví ¿Y tú de dónde vienes?

No tenía lógica, no hay dos dimensiones en un solo espacio, rige Aristóteles. X no puede ser Y. La casa solo fue habitada por mis padres. No había otro mundo que subyaciera al único que conozco. Sabía que había venido por un objetivo bastante concreto o que habíamos abierto una ventana a través de la cual dos dimensiones se encontraron.

- ¿Eres un fantasma? -interrogué -¿El alma de quién? ¿Cómo te llamabas cuando habitabas este mundo?

Becky quedó petrificada. Comparó a toda aquella gente que iba y venía por la avenida, como los árboles, todos guardando distancia entre sí. Se empeñó en no contestarme, como si ella misma ignorara su raíz y su extraña presencia o acaso como si se extrañara de la mía. Para ella los fantasmas éramos nosotros, los habitantes de la Tierra y todas sus especies. Había sido raptada hacia una dimensión inabarcable, de seres solitarios e inefables, de calles que se entrecruzaban como laberintos bulliciosos. Al menos era lo que ella decía sin transigir con la verdad.

Casillero 3

Parecía sobresaltarse con los bocinazos. Nos internamos en una de las callejas aledañas. Aquella sucesión de casas rodeadas de rejas puntiagudas y multiformes le extrañaba tanto como los pasos presurosos.

- Yo vivo con mis padres -dijo- pero fui muerta a palos por un hombre y di a parar aquí.

- ¿Estás muerta? -pregunté.

-Sí, pero no estaría aquí si es que no hubiera roto aquella jarra de cristal y...

Enmudeció sin animarse a confesar aquella perpetración misteriosa que en apariencia la condenaba a este mundo, al que en sus palabras había descendido para purgar sus penas. "En mi mundo no hay relojes y el tiempo no se mide". Cruzamos rápidamente la calle, sin atisbar siquiera en el vehículo que nos rozó a descomunal velocidad. Fingía no saber solo para no espantarme. Yo no sabía si me estaba mintiendo. Parecía que me ocultaba

algún secreto.

-Fue por unos segundos, casi nos atropella -dijo- ¿Aquí cómo ocurren las cosas?

- No entiendo a qué te refieres, mujer.

- Nosotros navegamos como en una nube, sin metas. Nuestro mayor deseo es que no nos molesten y disfrutar de las pequeñas cosas. Cada día es así. Los dioses juegan a los dados y ellos definen nuestra suerte. En tu mundo es igual, son los mismos jugadores. Son muchas las ventanas por donde atraviesa la magia de los jugadores. Fingí no escucharla.

-Pareces vivir en un reino feliz ¿Ibas a la universidad?

- ¿Qué es universidad?

Por unos segundos balbuceé una respuesta.

- Es un lugar en el que se reúnen cientos de jóvenes para conocer alguna materia que luego le permitirá ganarse la vida. Van por algunas horas.

- ¿Ganarse la vida? ¿Todos aprenden de las mismas cosas?

-Sí -le dije.

- ¿Y por qué ese hombre que va por esa vía parece más feliz que tú? ¿Y por qué aquel otro le ruega a los que pasan que le den una moneda?

- Entonces, no estamos tan lejos. Sabes lo que es una moneda. En algo se parece tu mundo y el mío.

-Quizás –musitó. Insistía en una respuesta a esa pregunta fundamental.

Le hablé del destino diverso de la gente. Le advertí que, pese a la educación, algunos ascienden a la estratosfera y otros se quedan capturados por el lodazal. Es la suerte de unos, la fuerza de voluntad. Sin embargo, intuía que en mis respuestas había un sesgo, que todo lo medía en función de mis alcances, de mi existencia azarosa. “Podrías crear tu propio mundo si es que descubres el secreto que ha sido solo reservado a los dioses. Estás cubierto por la oscuridad, pero no lo sabes”. Aun no comprendía sus sentencias.

-Si hubiéramos descansado un segundo más, hubiéramos muerto bajo esas llantas -dijo- es decir, la suerte es lo que nos lleva a un lado u otro. Esta vez el jugador de los dados dorados no quiso que murieras.

Aunque me negué a creer lo que me decía, me percaté que en su mundo de ilusiones solo el azar contaba y que ese azar era un factor dominante en aquellas existencias que solo perseguían vivir el día. Los dioses se encargaban de definir todo en un juego de dados y casilleros. Observó alrededor y dijo que "pasaban muchas cosas". Reparé que en aquella calle desolada ocurrían, por el contrario, muy pocas cosas. Una madeja de luz cruzó su cuerpo y sus ojos cambiaron de tonalidad. Esta vez eran dos esmeraldas incrustadas. "Tenemos el poder de ver más allá de lo evidente y de conocer el pensamiento de los otros. En mi mundo no es posible la mentira".

- ¿Sabes lo que pienso? -pregunté asombrado.

-Sí y sé lo que piensan todas esas personas. Muy pocos dicen lo que creen. Las palabras son solo relatos, inventos.

-¿Sueño? ¿Estoy envuelto entre mis colchas dentro de mi cama?

Señaló al hombre que provee el combustible, era amable, saludaba a un transeúnte risueño que le devolvió el saludo. Me reveló que en la hondura de sus almas se profesan un odio antiguo. Me señaló a una pareja que intercambiaban besos en la banca de un parque. Cada promesa era un desafío a la muerte. Él la asesinaría en unos años y ella articulaba con su boca los más sublimes vocablos mientras calculaba las ventajas de su matrimonio inminente. Los rostros eran máscaras y los encuentros múltiples un juego de naipes; pero eran mi visión y había que respetarla. “En todo caso es tu mundo, tú lo hiciste, eres responsable de cómo son aquellas personas que ves”.

- Yo soy genuino-le advertí- pero ¿qué otras dotes tienes?

-Las que ves ¿y tú? -interrogó.

- Ninguna en especial, no somos omniscientes. La realidad tapa lo esencial y no percibimos la mentira o lo que es invisible a nuestros ojos. Ignoro quién perpetró el crimen de Kennedy.

- ¿Quién es Kennedy? -preguntó.

-Un presidente que murió asesinado hace muchos años. La policía nunca logró desentrañar los hechos.

Becky miró hacia la alameda y me pidió que la llevara a ver libros, había visto algunos en el puesto de un librero. Nos dispusimos a caminar hasta la Biblioteca Central de la Universidad Católica. Le referí algunos de mis autores dilectos: Aristóteles, Kant, Berlín, Popper...Sacudió la cabeza como en un ademán de fatiga y proseguí callado. Entendí que había reparado en mi fatuidad, en esa escandalosa propensión a un magisterio imaginario. Era, en realidad, muy poco lo que sabía del universo y lo poco que sabía no era muy seguro, como me lo sugirió algunos minutos más tarde.

Casillero 4

Cuando se inclinó a mirar una flor, estudió sus formas, la revisó detenidamente sin hablar. Parecía un ritual, como si en ella hubiera descubierto a alguna de sus deidades. Pero no la interrogué sobre esos dioses de los que hablaba ni sobre el universo.

- ¿De dónde vienen hay flores? -pregunté con ligero candor.

-Sí. Y las cuidamos con esmero. Pero, más nos cuidamos entre nosotros. Hay una Becky en cada señor y señora del reino y por eso me duele cuando les pasa algo. Pueden ser como yo o como papá o mamá. Todos somos uno. Tú también eres uno con tu todo.

- ¿Cuál reino? -pregunté ¿Otro universo?

-En uno eres un gobernante, en otro un pobre hombre que clama por ayuda, en otro un marinero y en otro...Todo depende de los dioses. Hay un Tony

que experimentas ya, solo que no lo sabes. Está viviendo en lo que crees que es tu futuro. Toda tu vida la estás viviendo en simultáneo.

-¿Hablas de varios Yo?

-Tus múltiples Yo los elegiste cuando pensabas desde niño. Así, casi sin darte cuenta vas por cada una de las sendas que se bifurcan. En una ocasión te atropelló un bus, pero creíste que pasó raspando y mientras vivías en un sendero, en el otro te estaban velando ¿Ves lo malo de creer que lo sabes todo?

-Apenas puedo comprender. Eres una aparición, solo eso, sí.

- ¿Te lamentas de aquel señor? -interrogó, eludiéndome y señalando a un hombre tullido que se deslizaba con las manos sobre un carrito de madera por la Avenida La Mar.

Le comenté que en estas tierras perversas rige el ego y que no nos incumbe ni la fortuna ni el infortunio de los otros. Me miró con una leve cólera que enrojeció su rostro de porcelana. En un minuto toda mi vida giró en torno de mis ojos, mis padres, mi infancia en Chosica, las pequeñas y grandes derrotas. Apareció como una estampa en el cielo azul, el rostro de mi abuela, a la que había adorado hasta las últimas instancias de su agonía. Luego, al virar el rostro reparé que una anciana de perfil similar al de ella era arrasada por un auto. No era mi abuela, pero el pesar socavó mi alma, me hirió hasta que mis ojos se empezaron a humedecer. Eran varios alfileres en el lagrimal, una memoria viva y adolorida que me sobrecogía.

- ¿Sientes pena ahora?-preguntó delicadamente.

Eché a llorar sin explicación ni tregua. Me abandoné a una tristeza esencial y

aparentemente injustificada. Nunca había llorado por un extraño.

- Ella no era tu abuela, ese accidente ocurrió el lunes en una carretera muy lejana, en otro país. Pero la lloraste como propia. Todos somos todos a la vez. Eso es claro en el lugar de donde provengo.

Había entendido lo que era la compasión y la empatía en un solo minuto, era la confluencia de toda aquella sabiduría que necesitaba. Aunque Becky no tenía el léxico correcto, pude interpretar de una frase apenas musitada al final, que solo la piedad nos engrandece, lo demás solo son detalles.

Continuamos caminando, esta vez acelerando el paso. La Biblioteca estaba a media hora. Sentí que su estadía terrena era fugaz y que el tiempo se le acortaba, que el ascenso era lo suyo en horas mientras yo reptaba en la intemperie hurgando mis propias respuestas. Admito que me había capturado, que no que quería que se fuera.

- Estamos montados sobre un juego, estamos en un casillero. Es el inicio del laberinto. Voy tras el secreto de los dioses -dijo.

Desde luego que no la comprendí, porque los días son días y no casilleros aunque a veces se les parezcan.

-Estamos en el casillero 4 y hay que tener mucho cuidado por donde pisamos.

La piedad, asumió, podría llevarnos directamente, casillero por casillero y en paz hasta el 100, que es el final, donde el objeto esencial puede ser hallado y cultivado en armonía. Sus palabras adquirieron giros extraños.

Casillero 5

Becky tenía la mirada rutilante, penetraba los ojos y las cosas. Permaneció renuente a darme detalles de su mundo. Le dije que iba a ser difícil que permitieran su ingreso a la sede de la universidad y que lo más cauto era cambiar de planes. Extrañada, me dijo: "esos señores no me verán, nadie me ve, solo tú me ves".

Caí en la cuenta que aquella bella naturaleza parlante podía ser solo un producto de mi imaginación, una ilusión que me introducía en el universo de las enfermedades mentales. La había descubierto en una sala vacía de una casa vacía y en ausencia de testigos.

Apuró el paso y me llevó de la mano a cruzar raudamente la Avenida Universitaria. Estaba fascinada con el plan de superar el umbral de una biblioteca. Le habían hablado de ellas, de sus anaqueles, de aquellos libros extraordinarios que poblaban el mundo, un mundo repleto de muertos amigables.

- En aquel lugar de donde vengo también hay libros.

Traté de fingir que no la oía mientras el vigilante nos dejaba pasar sin reparar en mi compañía. Realmente era un fantasma o una invención de mi mente perturbada. Era invisible a los ojos de los demás.

- Sí existo -dijo.

- Solo yo te veo y aquí no vale el viejo juego cartesiano, "pienso, luego existo" -repliqué.

-Quiero ver libros -dijo, cambiando el timbre de voz.

Subimos por aquellas escaleras enlosadas hasta ganar el segundo piso.
Leímos el catálogo.

-¿Todos esos autores están muertos? -preguntó.

- No todos, pero sí Dostoievski, Dickens, Faulkner -advertí.

Ya con el cúmulo en las manos, nos sentamos a repasar algunos de sus fragmentos. La mujer parecía maravillada por las palabras y por aquellas historias que leía solo colocando sus dedos en la tapa. Así leyó "Luz de agosto" en dos minutos y "El Paraíso perdido" en uno. Continué acumulando y devolviendo libros. Ella los leía con un recorrido digital en las caratulas, una visión peculiar. Fueron quince o veinte libros hasta que abandonamos el local. Al decir verdad, yo apenas había revisado algunos versos, en especial, la elegía de Jorge Manrique a su padre muerto, aquella que me persuadió de la precariedad del mundo y la finitud de las cosas y de los tiempos. "Puedes tener el poder que tengo yo y otros más". La miré con extrañeza. "Puedes hipnotizar a las personas, yo tengo el secreto y saber qué piensan y dominarlos con tu mente". Simulé que no había puesto atención.

- Tu padre murió ¿de qué murió? -preguntó.

- No lo sé con exactitud -dije.

- ¿Tienes alguna fotografía de él?

-Sí, aunque parece que no hubiera dejado un rastro y que siempre yo hubiera estado preparado para su pérdida. Suele ocurrir.

Luego me dijo: "Yo vivía con mis papás, estaban viejos. Él era un navegante de Or y un ilustrador de astros, dibujaba constelaciones para que los marinos las reconocieran".

Continuó revisando los libros de los anaqueles y conforme los devoraba con sus dedos, su lenguaje se tornaba más elaborado. Sorbió del conocimiento y evolucionó en dos horas lo que a mí me había costado veinte años. Volumen tras volumen se hizo invulnerable. En algún momento volvió sus ojos a los míos y recorrió mis pensamientos y el mar insondable de mi memoria. Era poseedora de mis recuerdos y de mi pequeña sabiduría.

Entendí que su tiempo y lugar eran otros, muy distantes, quizás lejos de esta dimensión en la que parecíamos convivir sin vernos ni apreciarnos. Luego me espetó: "eres un poeta, un escritor de historias y escribirás sobre este encuentro sobrenatural. Lo titularás 'Becky Blue'. Veo el porvenir. Serás rico y yo recorreré tu mundo. Para eso también te visité". Admitía, por fin, que vino por mí y que no fue un encuentro casual. Sabía de mis antecedentes y de mis perspectivas a futuro, de todos mis secretos, su capacidad de hurgar en mi memoria le daba todos los contenidos de mi existencia. Me sentí desnudo, avergonzado. Sabía de antemano todos mis pecados, los malos hábitos y pensamientos, también mis victorias por venir. "Se me ha representado que ganarás más fama de la que crees podrías ganar, Pero aún no es el tiempo. Si

me crees, así será. Cuando arrebatas el secreto a los dioses crearás las cosas solo creyendo que existen”. Percibí mi intimidad descubierta y con ella las letras de todos mis versos y mis borradores vergonzantes en sus pupilas de fuego.

-¿Te ofendí? -me preguntó.

Le respondí que ese no era el tema que me turbaba. Ella insistió y me señaló que entre mis tormentos figuraba aquel, el de saberme un escritor derrotado, un NN en la historia de la literatura, nada. Conocía de mi terror a la crítica, de mis fragilidades más hondas, pero veía más que yo. Esbozó una sonrisa, tan cálida como el sol que resplandece al inicio de la primavera.

- No debería importarte quién o cuántos te leen sino escribir solo por el gusto de hacerlo...y de hacerte rico o, al menos, rescatarte del fondo de ese pozo oscuro que te ahoga.

Reímos juntos. Hablaba ahora con un lenguaje más elaborado y menos infantil, pero con atisbos de aquella ingenuidad de unas horas antes.

-¿Eres periodista?

-Sí -le dije con la intención de dar fin a aquel largo diálogo, pero persistió en conocer más de mí.

- ¿Pero cuando escribes un artículo en el periódico sientes que te leen? ¿Te interesa la realidad aun cuando ella habita en tu interior?

Le expliqué que tenemos una sustancia especial que nos fuerza a no hacernos preguntas y a escapar de la vanidad. Tampoco tengo amigos, un periodista no debiera tenerlos y me interesaban poco los viajes interiores como poco me interesaban los viajes intergalácticos.

-Pero te leen y te leen miles y ni siquiera te das cuenta y es como si no te hubieran leído, precisamente porque no te das cuenta.

-Nunca pienso en eso -le dije -yo solo vivo sin pensar, de eso se trata todo, de vivir sin pensar.

- ¿Y cuándo publicaste tu novela reciente no te dolió la crítica? ¿Te dolió? - preguntó, apretando el entrecejo.

- Sí y también cuando creo que no me leen y cuando el editor de Letrillas rechazó mi manuscrito y cuando aquel editor de la revista "Ciudad" aseveró en público, que a cualquier cosa hoy lo llaman arte. Había recibido recién mis versos. Cómo no me va a doler si estoy hecho de fibras y nervios. Demasiado humano.

- ¿Escribiste aquellos versos y aquel señor dijo algo tan feo? -interrogó luego.

-Sí, pero...

-No debería importarte ¿a ti te gustó escribirlos?

-Sí.

- ¿Y te gustan tus propios versos?

-Sí.

-Entonces eso es lo que debería importarte. "Becky Blue" tendrá un éxito arrasador, por ese laberinto iremos y puedes luego tornar tus pasos a mis misterios para convertirla en un serial. Parece que te importa mucho la mención de otros. Pero para que se cumplan todos tus deseos deberás seguirme por el laberinto. Es el único territorio al que la magia de los dioses no llega. Ese laberinto conduce hacia el gran secreto del universo. Solo conocerás la victoria si llegas hasta el final del laberinto.

Le dije que ese laberinto no existía y que ella misma no existía, que era una ilusión o el mal efecto de un fármaco. Me pidió visitar otras áreas de la universidad. "Luego te narraré algunas de mis historias, en mi mundo no nos hacemos tanto daño. Los animales son los más sabios, ellos nos hablan. Yo tuve un león al que llamamos Oxe".

Caminamos por un sendero estrecho hasta la cafetería de Letras. Ella detuvo la marcha.

Casillero 6

Luego de probar unos panecillos retornamos a la calle. Deambulamos algunos minutos hasta alcanzar la Avenida Sucre. Los tenderos hacían su agosto en la feria de invierno. "Estamos en el casillero 6, no sé qué nos pueda pasar, pero es muy malo si el tirador es el hombre vestido de negro".

Mientras adelantaba el paso para ver un escaparate en el centro comercial, sus

ojos relumbraron como hacía algunos minutos. Me comentó que en Var no existen las vitrinas ni los precios. No entendí lo que farfullaba mientras observaba con interés un abrigo rojo. Decía ver la suerte de su próxima propietaria y hasta el día preciso en que habría de morir en una carretera al sur de Lima. Le resultaba agobiante conocer el destino de los demás y constatar el divorcio permanente entre el deseo real y la vida en simulacros.

- Esa muchacha que camina por aquel pasadizo quiere a otro, pero va de la mano con un señor al que no quiere ¿por qué? -preguntó.

-No lo sé, no siempre hacemos lo que gustamos ni nos enlazamos a quienes nos apetece, la represión es un elemento central de la civilización. En ocasiones solo actuamos presas de la necesidad. No se trata de vivir en una perpetua orgía.

-¿Qué es orgía? -interrogó.

Asumí que mi lenguaje debía guardar recato, no importaba su omnisciencia o su peculiar sabiduría. Había términos y asuntos que, por costumbre, me guardaba de explicar. Después de todo, era una mujer.

- El león Oxe es mi amigo en Var, vive allí donde vivías con tus padres. Es una casa muy distinta a la tuya aunque ocupa el mismo espacio. Tiene un lago en el jardín y muchos higos. A Oxe les encanta y los come cuando apetece y hace lo que desea cuando apetece. No se avergüenza de su deseo ¿Tú te avergüenzas?

-Sí, en ocasiones son deseos que debo reprimir por pudor o culpa, son de distinta índole. Además siempre que rompo las reglas me gana un pesar, es la

culpa...

- ¿Qué es la culpa? -interrumpió la mujer.

- Es...es cuando... -guardé silencio unos segundos mientras trataba de ordenar mis ideas. No sabía si a ciencia cierta era un tema religioso o natural, un compromiso irreal.

- Como Raskolnikov. Lo leí. Nosotros no dañamos a otros como lo hacen ustedes. Oxe vive tranquilo en mi jardín cuidando el pasto y cuida el rosedal y a mí cuando paseamos por los parques y lo hace gratuitamente. Pero es un instinto que ustedes no tienen ¿lo tienen?

Fingí no escucharla, más aun cuando colocó a Oxe, un rugiente animal, en una balanza como un ser moralmente superior a mí. Pese a su libertad, a sus instintos irrefrenables y deseos satisfechos a la luz del sol y a la vista de todos, percibí por un tiempo que el zoo hablante y peludo era mejor que yo en todos los términos.

Traté de comprender por qué ese felino bestial era mejor que yo en un reino aparente y distinto, un mundo en paz. Me narró la vida Oxe desde su nacimiento.

- ¿Oxe la pasa bien en ese mundo? -pregunté.

- No conocerá de los rigores. No lo hicieron para que fuera infeliz.

-¿Los dados del dios bueno lo favorecen? -insistí.

- Oxe es una manifestación, también el dios bueno diseñó un bello lago, la hierba, el viento y un cielo colorido...

-¿Cómo? ¿Será que la vida es un juego y que nos rige la compleja maquinaria de una causalidad que nos apresa?

Entendí, de sus frases, que no teníamos la potestad de crear solo hasta que nos convirtiéramos en dioses. Solo así estábamos libres del juego perverso de esos dos personajes a los que Becky parecía temer. “Podemos crear, poseer el secreto de la semilla. Por eso he venido hasta ti” Hoy somos piezas móviles de dos jugadores que no vemos. Hemos dejado de decidir, pero podemos ser dioses.

-¿Yo tengo algo que necesitas para obtener ese secreto?

- ¿Recuerdas cuando conociste a tu mujer o cuando obtuviste tu nuevo empleo? ¿Los buscaste o aparecieron? ¿Cuál fue tu margen de elección? - preguntó con disfuerzos.

La sublevación de los jugadores supremos viene desde años atrás. “Por eso vives estancado y tu poder ha sido reducido”. Luego señaló que la perfección no existe en este tablero que me tocó. Este no era el mejor de los mundos posibles, era una fragua para el sacrificio, un valle de goces que sin amor se tornaba en un páramo, todo lo contrario al planteado por los que esgrimían algunas filosofías optimistas. Me decía que el jugador vestido de negro había definido mi vida. Leibniz era un fraude. Ella mencionó algunos nombres y algunas cifras cuyo significado ignoro. Se refirió a los jugadores, Selenio el grande y a sus criaturas Dedalus y Marco. "Casilleros más adelante los conocerás", señaló. "Son quienes juegan en el tablero. Tú hoy solo eres dueño

de las pequeñas decisiones, las grandes las juegan ahora ellos. Son ellos quienes deciden si te casarás o enviudarás o si serás un galán de la pantalla o un ladrón. Las grandes decisiones no te pertenecen, debemos conseguirlas. Solo decides ir a comprar el pan o afeitarte, es poco. Por ahora estás en el casillero 6. Toma nota".

Observó un extraño vestido y puso atención en unas joyas. Parecía odiar las diademas, no les veía ningún valor. Montó un breve discurso sobre el amor, el servicio terrenal, la libertad. Los jugadores tenían los dados, pero asemejaba más a un juego de videos con dos contrincantes agitados, un juego de videos por etapas. Pierdes, game over, y descienes al nivel Castigo, pero si ganas según las reglas, obtienes el pase al reino celeste, el de las hadas y los ángeles en el siguiente tablero. Todo se define en el casillero 100. Desde allí puedes mirar tu vida hacia atrás y saber si ganó Dedalus o Marco.

Le pregunté sobre el infierno. Había leído a Dante en la Biblioteca y coincidió en algunos tramos, pero aseveró que la verdad no estaba en los libros de los hombres sino en las instrucciones del juego del laberinto.

Casillero 7

Le advertí que lo que más temía era el infierno porque ignoraba las cualidades de mi alma y si es que eran suficientes. No quiso responder, lo que me inquietó hasta el linde de la crispación. Le narré sobre aquella vez que me llevaron a ver una pintura sobre el infierno en la capilla del Sagrado Corazón. Era de Filippo Agusti y en ella los condenados sufrían en enormes pailas y de mil maneras por sus pecados terrestres.

- Allí no estaban los que aprovecharon bien lo que el dios vestido de blanco

hizo por nosotros al tirar los dados y los que sirvieron y los que creyeron.

- ¿Qué hizo por nosotros? -pregunté.

Me invitó al parque ubicado frente a las tiendas y apenas tocamos el césped se sentó. "El infierno es el final del laberinto, al margen de los tableros, está dominado por el jugador vestido de negro, él nos castiga cuando gana la partida. Desde allí hace y deshace torciendo las piezas, te conviertes en su esclavo, te atormenta. Una gran tortura en una línea circular de casilleros. No tiene fin". Me indujo a percatarme de la vida que transcurría alrededor. Eran centenas de seres concentrados en el futuro, solo en el futuro y les faltaba algo que a mí me faltaba. Mis males residían en esa ausencia cuyo objeto yo ignoraba ¿Qué me falta?, señorita angelical. No me comprendió.

-Esa señora que se lleva una manzana a la boca está pensando en sus deudas y no repara mucho en la manzana.

-¿Cómo debería reparar en la manzana? -pregunté.

-Ser una con el fruto. Olerlo, centrarlo en su paladar, no pensar más que en la manzana y luego ver esa flor, ese arbolito tan de verdor, tan bello, tan tierno. Saber que es una con ellos. No ve nada, nada pasa a su alrededor. Vive separada de todo. Solo pone atención en sus penas y desperdicia la belleza. No ama, no sabe, no ha leído ni un solo libro...Tú solo vives pensando que la vida te pasó por encima.

- ¿Y cómo es el infierno? -pregunté.

La mujer se concentró en la muñeca de una pequeña que jugaba en los alrededores. Me confesó que es una desgracia perder la niñez. "Sí, dejamos de ser locos", observé. Luego me advirtió que esa tierra de condenación existe y es el último de todos los juegos, que no se puede eludir ni con el ejercicio de la virtud. Desplegó una pequeña pantalla de papel frente a mis ojos y pude atisbar toda la geografía del mal. "Todo siempre depende de los dados".

Me dijo que en el infierno había habitáculos colectivos, los mentirosos eran los que más padecimientos tenían. Eran amarrados a postes candentes. "Ese señor no era el mismo, era siempre otro, tan poco espontáneo...". Un habitáculo mayor, de hielo, estaba ocupado por los soberbios, los que habían despreciado a los otros por una falsa superioridad. Tenían lugar los iracundos, los que no practicaron la benevolencia, los que asesinaron sin arrepentimiento, los que faltaron a la ley del perdón, los que no dieron nunca nada por compasión, los engañadores del pueblo, los que no respondieron al llamado de los demás, los que hicieron escarnio de los defectuosos, los temerosos. Más allá, en la cúspide, los que carecieron de misericordia casi como una práctica. Hay nueve círculos y conocerás pronto algunos de ellos cuando vayamos por Marco. A los propiciadores de linchamientos se les reservaba el espacio más gélido. Eran torturados con chicotes raudos, sin tregua. Me dijo que todos estábamos condenados si los dados negros eran los que ganaban siempre. Nos volvemos seres oscuros y malignos conforme los dados negros dominan nuestro destino, pero hasta el más perverso podía apelar a la misericordia del señor alto, de barba y túnica refulgente. Algunos lo llaman Selenio, al menos allí de donde provengo lo llaman así. Un tirano romano, asesino de miles, puerco en vida, fue perdonado en última instancia porque se arrepintió en la hora última y clamó misericordia, algo que él, precisamente, no practicó. Por muchos que no tuvieron el tiempo de la culpa

estremecedora, rezaron otros clamando misericordia y fueron arrancados en el mismo umbral del ingreso. Nadie se salva por justicia, no habría lugar en ese vasto territorio ni para un alfiler. Una cuestión de suerte reservada a los pocos que creen en la bondad de la luz. El infierno está dominado siempre por Marco, no tiene sucesor, él es quien se juega tu destino a los dados con Dedalus. Desea tu mal. Marco tiene los dados negros. Para llegar a él y destruirlo hay que atravesar el laberinto. Debemos ir y matarlo o él te destruirá. Es mejor llegar por tus propios pies al laberinto que llegar cuando él te lleve consigo al morir.

- Esos son asuntos que nadie toca en una conversación, mejor hablemos de otra cosa -dije, balbuceante.

-¿Tienes miedo? -preguntó con la inocencia inicial.

-Sí, desde luego, no soy un santo varón -dije casi farfullando- me domina la vanidad y solo en ocasiones me pesan las tragedias de los demás.

Despreciable hielo que me destruye en las entrañas.

-Si te acercas a él en las cuevas del fuego y estás cerca para enfrentarlo y matarlo, Selenio te descubrirá el gran secreto del poder universal, te concederá las fuerzas y te privará del miedo para que puedas blandir la espada frente al dios de la ira. No puedes enfrentar a Marco si es que le temes. El problema es que es muy difícil llegar a su morada, es más fácil que mueras en el laberinto.

Becky miró nuevamente a la mujer y a su muñeca y dijo: "quiero una como ella, así con esos rizos amarillos". Le dije que podría comprarle una. Luego echó una lagrima muy delgada. "No podría llevármela a donde me voy".

-¿A dónde vas? -pregunté con inquietud-quiero que me digas por qué debo llegar hasta ese tal Marco.

-Para regir tu propio destino según tus deseos y no sea él quien lo rijá.

-¿A dónde vas?

- A casa, solo a casa. Me están llamando, son mis papás y mi tía Genoveva en Var. Han tirado los dados dorados de Dedalus, mi deseo de volver a casa se cumple así. Ya habrá otro momento para viajar hacia el laberinto. No me perdonaría hacerte daño.

No entendí el sentido cabal de ese mensaje ni la lógica de su retorno. Pero me confesó que no había apuro y que aun en la omnisciencia desconocía la lógica de muchas de las cosas que veía, estaba extrañada, dolida y fascinada a la vez. Se quedaría un día en mi tablero, pero el tiempo la apremiaba. El mío también. Yo debía recoger a mis hijas de la escuela y pasar por la Redacción del Diario para cumplir con varios encargos. Se ofreció a acompañarme, lo suyo era registrar la vida, mi vida, la inexplicable rutina de unos y la propensión a la desventura de otros.

Casillero 8

La mujer no dio marcha adelante, comentó durante media hora aquel ejercicio obtuso de amor en el parque. Un hombre y una mujer volcando al viento sus promesas inútiles. Me interrogó bruscamente sobre la tendencia humana al contrato, a suscribir papeles que atan y desatan sobre la base de una ficción.

- Ese señor y aquella señorita se casarán en cinco meses -dijo- no entiendo.

-Unirán sus vidas bajo una formalidad, sus firmas los comprometen.

-Pero se dispersarán. No entiendo -dijo la mujer muy despacio.

-Cuesta, pero...

-Entiendo poco -insistió- pero, lo importante es el corazón. Amar aunque no te amen. No entiendo el papel. Los papeles solo son validados por Selenio.

- La maravilla del amor, aunque tengas los ojos en una musa ausente, aunque ames a la diva fotografiada en la pared y que nunca llegarás a conocer, aunque ames por una temporada intensa.

Comprobé por sus gesticulaciones de qué sustancia está hecho el amor. Le expliqué con cautela que un papel es solo un pliego, un trámite y que los grandes amores pueden estar al margen, ser prohibidos, carecer de formas, ser cortos y abruptos, no durar lo que el asombro. Me miró fijamente como descubriendo mi amor inútil por la beldad del calendario en 1960, un calendario parisino que mi padre guardaba en una gaveta. "Bueno, Humareda era un artista que vivía en el margen de Lima y amando hondamente a un imposible, una actriz de un país distante, inasible, un ángel, ella se llamaba Marilyn Monroe. Quizás mi padre amó a esta mujer y la bautizó con un nombre, yo la llamo Rita".

- ¿Y por qué Humareda amaba a Marilyn Monroe? -preguntó.

-Porque era ella, solo por esa razón -dije escuetamente-. Le obsequió una posada a la que jamás podría llegar, una fantasía.

-¿Solo porque era ella y era bella?

- Bueno, hay seres peculiares que parecen provenir del edén. Alguna vez cuando era muchacho, muy muchacho, en las playas del sur conocí a una dama mayor. Ella era casada, no me miraba, yo le hacía los mandados y la torné en la imagen de todos mis ensueños. Era infinitamente bella. La temporada se desvanecía y debía volver a casa en algunas semanas. Una tarde mientras desempacaba sus compras sobre una mesa, la dama mayor recibió un telegrama. Su esposo había muerto súbitamente y súbitamente ella me abrazó entre lágrimas copiosas y por alguna razón besamos nuestros labios humedecidos por su pena y nos convertimos en una pira móvil sobre la alfombra. Pasión absoluta, absoluto y definitivo todo mi universo. Quizás no entiendas, mujer, pero fui feliz y en ese mismo instante reuní a toda la eternidad. La eternidad en un minuto. No importó si al día siguiente ella abandonó su casa y si nunca más la volví a ver. Quizás en ese instante preciso es que reside toda la magia...

Parecía seguir sin entender, pero sabía más que yo. “La eternidad es un instante, todos los tiempos se viven en uno solo. No lo sabes. Mientras me escuchas, Cristóbal Colón está descubriendo América y muriendo al mismo tiempo que está naciendo Shakespeare. Leí todas las fechas en los libros, el tiempo es una ilusión”. Observó un arma de juguete en un escaparate y preguntó: -¿Qué es ese aparato tan extraño?

Cambió de tema en un arrebato de curiosidad casi animal. Pese a su omnisciencia y sabiduría, había objetos que le parecían rarezas, artilugios con confusa significación. Quizás solo quería sondear los límites de mi pequeña

sabiduría.

- El hombre ama, pero también hace la guerra -le dije.

- ¿Qué es la guerra y por qué la hace? ¿No es mejor el amor del que hablas?

-Sí, pero el fanatismo, la codicia, la cerrazón, el odio y la intolerancia son también un elemento de lo humano, la otra cara. Leíste a Erasmo ¿recuerdas en la Biblioteca? Sin esos lastres no habría guerra. Guerra es cuando los hombres de un lado enfrentan con armas a los hombres del otro lado.

- ¿De qué lado? -preguntó- ¿cuál es el mal lado?

- No lo sé, quien inicia todo, el que tiene el mal de su parte, quien está dispuesto a matar por una idea o una tierra, la oscuridad...esas palabras deben decirte mucho.

- No, no me dicen mucho. Nosotros no hemos tenido una guerra.

- ¿Y amor? ¿Se aman entre ustedes? -pregunté.

- Sí, eso sí. Pero no hay eso que llama "amores imposibles". No entiendo.

- Es cuando un hombre o una mujer tienen como objeto de su amor a alguien que no los verá siquiera por cualquier razón, por cualquiera que fuera, válida o no, cruel o justificada...

-No hay amores imposibles, todo depende de los datos o de la posesión del gran secreto.

Becky quería probar algún alimento, pero le advertí que el tiempo me era escaso, que debía recoger a mis mujeres de la escuela. Alcanzamos a un pequeño restaurante y nos sentamos unos minutos antes de solicitar la carta. Ella también tenía prisa, de rato en rato intentaba convencerme de viajar al laberinto.

Casillero 9

La mujer mascó del caramelo que le alcancé. Rompió con sus dientecillos risueños aquel esférico de fresa. Lo trizó y luego escupió los restos. Me sorprendió que su delicadeza se hubiera roto como un cristal en segundos. Le increpé y no me respondió. No entendía que la cortesía era un eje de la convivencia. "Tu civilización comenzó con una mentira", dijo.

-Puede ser que la mentira sea necesaria para no destruirnos -advertí.

Responderle a todas sus interrogantes no me dio tiempo para examinar aquello que me había tratado de explicar sobre un autor que escribe nuestras vidas.

- ¿Y por qué hay personas intolerantes? -interrogó.

- Porque en algunas mentes rige el dogma, el rigor, la arrogancia de creer que la verdad tiene propietarios -dije, tratando de suavizar su ánimo exaltado por mi severidad.

Becky parecía concentrada en el restaurante frente a nuestros ojos. Delicias, así se llamaba según un letrero de brillante acrílico. "Yo veo el mismo

restaurante que tú", dijo con una gran sonrisa.

Para los chinos el bien y el mal, la luz y la oscuridad pueden tener la misma sustancia, no ser contradictorios. X e Y pueden ocupar el mismo espacio. La lógica aristotélica nos dice lo contrario. Quizás un chino vea lo que yo no veo hasta que se adapte a mi realidad. Cuando resolví callar creí que había sido demasiado elaborado para aquella extraña mujer que pensaba como los chinos. Era espectral y me había pasado la mañana cotejando verdades con un fantasma o una ilusión de mi mente alucinada. Sospeché del vino de anoche, de algún ají alucinógeno. Qué hacía con una mujer trazando rumbos en las calles de San Miguel.

Al llegar al restaurante ocupamos una mesa distante, al fondo y muy cerca de la cocina. Becky me recordó que aquel restaurante era precisamente el comedero entrañable, el lugar al que había ido con mis padres decenas de veces. Las imágenes invadieron mi mente como un rompecabezas, mi padre riendo, mi madre silente. Eran días en los que creí que ninguno de ellos se moriría. La muerte no le ocurría a la vida y una vez que ocurre nos vamos desnudos y sin rastros. Antes de su muerte, la sola idea me era insoportable. Cuando sepultaron a mi padre, la muerte se cubrió de una resignación insospechada, como si hubiera estado preparado para ella.

La mujer desistió de persuadirme del imperativo de la verdad. Sócrates era un vagabundo conjeturando en una plaza y Xantipa una mujer práctica llamándolo al orden. A Becky poco le importaba la autoridad del intelecto más preclaro, "los hombres son solo hombres y se equivocan", dijo. Su perorata infantil contra los sabios me recordaba a "El elogio de la locura", de Erasmo. Qué mejor verdad que esa, sugirió, la de aquel libro que había

sorbido de un tirón y con su índice en la Biblioteca, "ser locos es ser felices, por locura amamos, nos casamos y jugamos a ser inventores y poetas".

Becky tenía razón. En su mundo gobernaban los poetas y serlo era un rango mayor en la escala social. Eran tan distintos a nosotros.

Casillero 10

Observó detenidamente la carta y no reconoció ningún plato. El menú en todas sus opciones era un catálogo culinario nuevo para ella.

-¿Por qué comen carne? -preguntó extrañada.

-Porque somos animales, Becky.

Me pidió muy tímidamente que le mostrara mi dentadura y consentí que la estudiara. Se quedó pensativa mientras alejaba al mozo con un ademán.

- Pero no tienes colmillos, solo los animales con colmillos comen carne. Tienes dientes.

Procuré ignorar el alegato de la mujer que, de alguna manera, me proponía una alimentación vegetariana, tan exótica en una sociedad carnívora por la costumbre. Me señaló que en su mundo nadie se alimenta de seres vivos ni de plantas, solo de los frutos que ellas sabiamente proveen. Busqué en la carta alguna alternativa y no la hallé por lo que muy pronto abandonamos el local. Me animó a mudarme a los bosques, pero lo extraño es que insistió en que el mejor de los rituales es sentarse a la sombra de un abeto a mirar la yerba bailar con el viento. "Es un homenaje al papá del cielo", observó.

La vida moderna me impide acercarme a la naturaleza, los bosques son eventuales lugares del paseo familiar, no obstante ella insistió. "Los niños necesitan de los árboles y correr en el campo", dijo. En el fondo yo sabía que Becky sabía de mi egocéntrico hábito de forzar a mis mujeres a paseos libresco. Por años las llevé a las diversas librerías para habituarlas al amor de la literatura.

- ¿Por qué las llevas a las librerías? -preguntó.

-Para que se contagien de mi vocación por los libros, todo es imitación.

- Pero ellas quieren el parque...

- Sí, pero...

Subyacía en mi hondura la convicción sobre la necesidad de dar rienda suelta a las tendencias de cada edad. Solemos ver nuestras propias necesidades en el plan de vida de los otros, las vidas de los otros según nuestras pautas y prioridades.

- En aquel lugar donde vienes, ¿qué sueles hacer?

-Jugar ¿jugarías conmigo? -preguntó.

Desde luego, me negué y cambié el giro del diálogo mientras buscaba con mis ojos algún restaurante vegetariano.

- ¿No quieres jugar? -preguntó.

Le dije que No, que no soy un niño.

- ¿Desde cuándo no eres niño? -interrogó.

- Desde que perdí el deseo de jugar, de correr por el césped, no lo sé.

-Te vi muy feliz escribiendo historias -dijo.

- ¿Cuándo? -pregunté.

-Hace un año, en el estudio de tu casa. Y pronto escribirás, lejos de todo, sobre una mujer llamada Becky y lo leerá medio mundo, desde Nueva York a Bonn y desde Budapest a Santiago. Quiero que me creas porque es verdad. Quizás sea porque los dados serán tuyos entonces y nadie tendrá que jugar más por tu vida.

Me escarapelé y opté por dar fin a la conversación, pero insistió.

- ¿Eso no es jugar?

Reparé que son los juegos los que cambian, no nosotros. Nuevos entusiasmos reemplazaron a los viejos, las ilusiones amorosas se tornaron en un juego trascendental.

- Juguemos a escribir una historia -dijo, tratando de invertir las reglas, aquellas reglas que mis hijas inventaron, la de someterme al parque y a un extraño juego de madera. Esta vez Becky escribía y yo escribía. El juego era

compartido. Escribir era el acto más excelso en su reino, por tal razón los mejores poetas eran quienes adquirirían el bastón de mando luego de un concurso público de versos en la plaza principal. También era mi juego por excelencia.

- ¿Por qué ustedes los adultos no son tan naturales como la flor o el río? - preguntó- además se hacen muchos problemas.

Me enfrentó con el imperativo de asesinar a la seriedad y reír, reímos como dos locos y tras probar una ensalada al vuelo, tomamos un taxi. Le dije que era mejor que volviera sus pasos hacia su mundo. Me pidió, por el contrario, seguirme en silencio, que no le revelará por el momento nuestro encuentro a nadie. Se mantendría invisible a otros ojos que no fueran los míos. Quería documentar mi vida, saber de ella hasta la nocturnidad de mi insomnio cruel. Conocer las palabras de mis hijas, dar cuenta en sus ojos de mi interacción amarga o feliz con los demás. Solo vería, registraría en su cuaderno de notas y se iría para siempre.

- Solo tú me escucharás cuando te hable, como ahora que, además, nadie me ve.

Comprendí las miradas de extrañeza de la gente, mis monólogos les debe haber parecido los extravíos de un loco. Acepté con la condición de que me hablara más de su reino lejano y su relación con este escritor fascinado aún de su propia locura.

- ¿Existes o eres un producto de mi imaginación? –pregunté nuevamente.

- Existo y me llamo Becky -dijo, fatigada.

- ¿Puedes ver a mi padre muerto? ¿Sabes de él? -interrogué.

- Sí. Pero el tema fundamental, Tony, es que eres una pieza dentro de un juego. Estás en el casillero diez. De dos jugadores depende tu destino.

-Entonces, ¿quién eres? -insistí.

La mujer volteó el rostro y viró el paso hacia la derecha, se detuvo en la esquina.

-Ya es hora que vayas a la escuela de tus mujers-dijo. No estaba dispuesta a soltar prenda.

Asentí y abordé un taxi. Ella permaneció callada sin ánimo de revelar los misterios que deliberadamente escondía a mis oídos pese a haberme endulzado el paladar con algunos datos sueltos, un laberinto, pero siempre su información era insuficiente.

A pocas cuadras de la escuela se animó a revelarme algunos de los misterios más desconcertantes...

Casillero 11

Le señalé la escuela al fondo de la alameda. Una casa antigua y ocre asomaba sobre la floresta. Becky contuvo la respiración y preguntó:

- ¿Cómo crían a los niños?

-No lo sé -respondí ante su pasmo- no hay una escuela de padres.

Me observó como quien mide los movimientos de una mosca en un frasco. No podía precisarle de una técnica y elucubrar alguna teoría sobre la formación de los hombres me era demasiado forzado y falso. Quizás no sea el padre ideal por más que procure en vano ser un hombre ejemplar, al menos.

La mujer seguía sin entender la razón de mi desconcierto.

-Hay preguntas que no tienen respuesta -le dije.

Becky no dejaba de contemplarme y por ratos yo me volvía para ver su rostro. Le expliqué de los cambios inexorables de la existencia, de la tragedia que nos signa. Torné a la primera pregunta, quién eres. La mujer guardó silencio y volvió a la carga con aquella inverosímil historia de un tablero y un juego, de dos jugadores contrapuestos en un cosmos que me sometía a su capricho.

- En mi mundo todo es más seguro que en el tuyo, Selenio gana siempre sobre ese tablero y, por tanto, nada cambia para tornarse en peor -dijo.

- Afortunada eres, Becky -dije sonriendo- lo único cierto es que moriremos. Solo ignoramos la fecha, pero pendemos de un hilo.

-Deben ser muy infelices -dijo.

- Ellas son mis hijas -advertí- están saliendo

Casillero 12

Caminamos dos cuadras antes de abordar un taxi con mis hijas. Andrea me narraba su experiencia con aquella exposición en clase sobre las culturas precolombinas. Mirella solo observaba, advirtiendo un gesto extraño que no lograba desentrañar. Solo me reduje a escuchar mientras avanzábamos raudos por la Avenida Salaverry.

Becky ocupaba el asiento del copiloto sin que mis hijas ni el chofer repararan en ella. Su invisibilidad le permitía acumular conocimientos sin participar. Cuando llegamos, las mujeres se dispersaron en la casa. La aparición volvió a la carga, pero esta vez revisando los objetos de mi casa. Sonia, mi mujer, estaba de viaje. Le habían dado el encargo de negociar algunos temas en Buenos Aires y se había quedado algunos meses. "La publicidad mueve al mundo", dije.

La mujer me llamó con una señal y me forzó a entrar en mi biblioteca, luego cerró la puerta muy despacio. Extrajo de una bolsa azul de plástico (no me había percatado de ella) una esfera cristalina en cuyo interior se veían decenas de imágenes que parecían contraponerse unas a otras.

- ¿Qué es eso? -pregunté sorprendido.

- Un visor -dijo sin mayor explicación

- ¿Y qué hace? -pregunté.

- Aquí puedo ver tu pasado y tu futuro -dijo

- ¿Y qué ves de mi futuro? -interrogué.

- No te lo diré -respondió.

- Y de mi pasado, ¿lo has visto todo?

- Sí, sé de cada cosa, de tus juegos, de tu paso por la Universidad, de tus oficios, tus amores, tus secretos... Querías ser diputado.

- Sí -señalé escuetamente.

-¿Por qué? -preguntó.

- Quizás porque quería cambiar las cosas.

- ¿Qué cosas?

- La pobreza, la corrupción, si dejamos el campo vacío, será mal ocupado - dije.

- ¿Se pueden cambiar las cosas?

- Algunas.

- No hubieras hecho nada –dijo-no mandas, nadie manda sobre las raíces de los árboles.

Le agradecí por su severidad, sabiendo de antemano que tampoco hubiera habido grandes cosas que hacer. Me persuadió de un futuro mediano en ese

territorio de simulaciones y acuerdos. "Hubieras, quizás, pactado con el engaño".

Me elogió por mis poemas y por el encanto hallado a las palabras. La belleza y el placer son superiores al poder. La sencillez manda sobre la soberbia. Todos esos pensamientos recorrían mi interior como si hubieran sido inyectados por aquella mujer que pronto se habría de difuminar.

- ¿Me hablarás más de tu mundo? -le pregunté.

- Sí -aseveró.

- ¿Me hablarás del mío? -insistí

Una luz violácea irrumpió en la habitación y algunas imágenes asomaron en uno de los muros.

- Es mi tablero, el que antecede al tuyo -musitó.

Casillero 13

Aquella tarde, sentado frente a mi escritorio, una bruma cubrió mis ojos y todo se deshizo en segundos. Una placa gigante asomó como una pantalla de cine y logré atisbar algunas de las construcciones del universo de Becky. Eran promontorios de piedras, como cuevas y callejas repletas de frondas. Los arboles cubrían los techos de la ciudad con sus ramajes.

No me explicaba como seres tan evolucionados podían habitar un mundo que bien podía corresponder a tiempos primitivos de la Tierra. No conocían las

guerras y eran omniscientes o, al menos, conocían de los pensamientos de los otros y las proyecciones futuras, pese a que podían cambiar las líneas predeterminadas de los acontecimientos. No usaban vehículos de ninguna especie y sus organismos eran similares a los nuestros, incluyendo la sustancia de sus espíritus.

No requerían de un gobierno, les era suficiente escuchar las monsergas de los poetas. Ellos eran también sus filósofos. Un viaducto de adobe nos condujo hacia un templo de madera. Me extrañaba su concepción del mal y la razón por la que muchos de ellos morían tratando de encontrar el gran secreto al final del laberinto. “Becky, sácame de tu mundo, quiero regresar al mío”. Ella apareció, vestía trapos y me sugirió que los nuestros no eran espacios distintos o planetas distantes sino el mismo territorio, pero en dimensiones diferentes.

Al volver me dijo que lo suyo había sido una falta grave. Se negó a precisarla. Solo logré verificar que su presencia era un anticipo de su muerte. Por unos minutos me estremecí con la posibilidad de haber perdido la razón. Becky me aseguró que era real y que mis facultades mentales permanecían incólumes.

- Es complicado entender que con su grado de evolución tengan que pagar sus faltas con la muerte. Si no eres una invención de mi mente significaría que yo estoy aquí porque tengo un don que puede llevarte hasta el final del laberinto.

Becky asintió y luego me reveló que solo quería conocer muchas de las cosas que encontraría en mi universo en el que habría de renacer en unos meses luego de morir. Era el tablero quinto de una sala de juegos espectral. Dijo que

aún no había sido concebida y que le había sido dado el don de vagar para vislumbrar su vida por llegar.

- ¿Por qué hacen cosas tan malas? -preguntó.

Recordé a Kant y supuse que la moral existe porque existe la libertad. Nadie puede ser un santo si obra bien con el cañón de una pistola en la espalda. El bien y el mal es una elección. Se lo dije de una manera sencilla. Sartre había dicho que somos tan libres que podíamos hacer el mal.

- ¿Y tú eres malo? -preguntó.

Me sobrecogí. Hasta ese momento me percibí apenas como un personaje común, un vil mortal lejos de la santidad y la maldad, solo un hombre; pero ella debía saberlo mejor que yo. Ella sabía cuan bueno o malo era, solo estaba probando mi humildad.

- Un poco, son matices -le dije.

Me recordó la vez que golpeé el rostro de un sujeto o cuando envidié un premio literario o cuando me invadió la furia y maldije a alguien o cuando vertí palabras furibundas contra mi mujer en respuesta a las suyas todavía más airadas o cuando la juzgué como si fuera yo el buen dios o el prodigio de la santidad. No la había comprendido ni ella a mí ni a otros. Estamos estancados en la animalidad como lastre de nuestra evolución. Recordé más y más episodios inconfesos, por efectos de su magia y le ordené detenerse. Me había transportado por la senda de todas mis miserias. La vergüenza me invadió.

-¿Y por qué tu furia? -preguntó.

Reparé que este lodazal no era sino una prueba. Me incomodaba pensar siquiera que una mujer tuviera la respuesta que por siglos los hombres han buscado sobre el bien y el mal, desde Epicuro a Sócrates, desde Aristóteles a Kant.

- ¿Es mi furia, mis emociones, las que me hacen tan malo? -interrogué.

Comprendí que en su mundo las emociones no dominan los actos ni los pensamientos de los hombres. Juzgamos y actuamos conforme a lo que sentimos en un momento dado. La razón es un privilegio de la serenidad. La sensibilidad y la ira no sirven para el buen juicio, decía aunque de una manera infantil que yo procuraba interpretar de una manera elaborada.

- No eres tan malo cuando reposas -me dijo.

Mis hijas asomaron dispuestas a acompañar mi almuerzo, extrañadas por mi actitud. Me habían sorprendido hablando con el escritorio. Creían que me comunicaba con los muertos, que la muerte de mi padre me había extraviado en un pasaje interminable. Me sometí a las reglas cotidianas y olvidé por un instante a la rara criatura que había dejado esperándome en mi estudio.

Por un momento me pregunté si es que tenía la habilidad de trasponer el pasado, si con ella podría visitar los tiempos más importantes de la humanidad, la carabela de Colón, los trajines de Pizarro, el rostro de Pachacutec, las cuitas de Cervantes, el rostro de Shakespeare y para ser más

ávido y audaz, las caminatas del nazareno por aquellas lejanas tierras de Oriente.

Casillero 14

Una vez que culminé con la rutina casera volví al estudio, pero Becky parecía haberse tornado en humo. La busqué por toda la casa e invoqué su nombre. Mis hijas estaban concentradas en sus tareas. Determiné que solo esa mujer fantasmal podría ayudarme en aquella búsqueda que ya se me hacía tardía, la de realizar todos mis deseos.

La notoriedad me era lejana y habría de morir "desnudo" como mi padre. A él le dediqué un artículo en el periódico sobre las coplas de Jorge Manrique y a él le consagré un poemario inédito.

Becky podía darme las claves de mi futuro, pero ella ya no estaba. Súbitamente apareció detrás de mí.

- ¿Quieres ser escritor? -interrogó - y presentarás un libro, trajín del que te puedo librar.

- Sí, te dije que lo importante era hacer las cosas por placer, pero mentí -dije.

- No mentiste -replicó- solo que quieres ser importante.

- Sabes de mis publicaciones previas. Yo las financié. Pero hace unos días envié una novela a una editorial grande y sé de antemano que no les interesaré. Ellos quieren un nombre, ventas, además mi historia y, probablemente, mi estilo sean deficientes. Todo no es más que una ilusión.

- ¿Y por qué no aceptarían tu novela? -preguntó.

- Porque es previsible -dije sin mayor precisión - tendría que haber sido un locutor de la televisión, un actor o hasta un asesino muy famoso.

Becky parecía no entender mis frases ni captar las razones de mi pesimismo. Dijo que yo podía llegar a ser muy rico.

-Pero eres poeta, aunque podrás ser rico si sigues mis instrucciones-murmuró avergonzada.

- ¿Qué debo hacer, Becky? -pregunté.

La mujer no tenía la respuesta, pero sí el secreto de la riqueza.

-Te sientes mal... -dijo.

-Porque me siento atrapado en el tiempo, como si cada día se repitiera y no realizara ninguno de mis sueños...

-¿Es tan importante? -interrogó con pasmo.

- Sí, aunque lo niegue y pretenda engañarme.

- En Var solo queremos vivir bien y que nadie nos moleste -dijo.

Entendí que en su mundo de maravillas el fracaso no existe porque nadie se

propone nada y quien no se propone nada no tiene éxitos ni fracasos. Yo me había propuesto demasiados fines para no alcanzar sino lo imprevisto como la pluma que vaga al azar sujeta a los caprichos del viento. No atiné a responder. Sabía que la vida es un juego de azar entre dos seres. No, no es como dijera al inicio, que Dedalus es el autor y nosotros los personajes. En realidad, era una metáfora. Hay dos seres que juegan a los dados y que producen lo que llamamos azar y que, en ocasiones, le resta efectos a la voluntad.

Me reveló que estaba dispuesta a narrarme sus estaciones en casilleros distintos de este juego.

- ¿Cuáles estaciones? -pregunté sorprendido.

- Antes de aparecer ante ti conocí a un señor muy avaro y a otro y a otro...

En realidad, su visita obedecía a una exploración del mundo, en algún lugar existía el poseedor del don para vencer a las bestias. “Nos encontramos, pese a que habitamos diferentes tableros. Ocurre que los dioses discutieron con violencia tu tablero ocupó la misma mesa donde ahora se jugaba mi destino, allí en el punto exacto donde tú estabas”. Ella hablaba de dimensiones. En mi tablero conoció a un poderoso capturado por la soberbia, a una ególatra diva, a un lujurioso actor de películas prohibidas, a un religioso dominico, a un científico. Yo correspondía a su última visita, la del poeta.

Casillero 15

No pude resistir la duda y le requerí mayores detalles de sus anteriores visitas a la Tierra. Becky frunció el ceño y se alejó hacia la ventana. No podía

sostener el pensamiento sobre aquel al que había visitado la primera vez. "Era un hombre muy avaro que solo se miraba a sí mismo. Es curioso porque el día que murió, yo lo seguí y detrás de su cortejo fúnebre iba un camión de mudanza. Eran sus cosas".

Por momentos creí que se mofaba de mi inocencia, pero luego me persuadí que hablaba muy en serio. En sus disposiciones finales aquel sujeto había conminado a su familia a transportar su mobiliario, sus joyas, algo de su mejor indumentaria. Tenía un mausoleo solo para él y para sus cosas. Su osamenta fue depositada a dos metros bajo tierra y encima del catafalco de madera sus relojes y aquella colección de objetos reunidos en diversos países del mundo.

- Vi al hombre irse volando hacia los hielos, allí donde van los hombres malos -dijo- pero sin sus cosas. Jamás las volverá a ver.

Comprendí de un filón lo que aquel finado había hecho a lo largo de su vida. Guardarse todo para sí y hurtarle a los que pudo hurtar. "No tenía el don", musitó.

"El avaro me dijo antes de morir que todo eso, lo que mis ojos veían, era de él y solo de él". Había firmado muchos papeles para asegurarse de que nada quedara para sus herederos naturales y pagó un camión para estar a tono con los faraones. Los tesoros son de uno, decía.

- ¿Y el soberbio? -pregunté.

- Siempre creía tener la razón y esas orejas le sobraban. Me preguntó por mi familia, mi apellido, pero yo no tengo apellido.

- ¿También murió?

- No, ese vivirá cien años atormentando al mundo. Me dio duro con su correa porque dice que lo insulté. Desprecia a todos los demás.

- ¿Qué le dijiste?

- Que con la vara que midas...

Becky guardó silencio porque su aspiración de libertad dependía, en definitiva, de mi don. Sentí que estaba sometida a una prueba y que para medir su paciencia se había encontrado con los hombres más difíciles de la tierra. Caracteres duros, imperativos, engañosos... Sin esa purificación no sería considerada en el tablero que seguiría al mío en aquella mesa.

- ¿Y la diva ególatra? -pregunté.

- Vivía en el espejo. Solo me hablaba de ella, de su próxima obra en las tablas. No tenía paciencia para su abuela. La llevó a un hospicio y se deshizo de ella, así de fácil.

-Paciencia, nadie tiene paciencia para nadie. La santidad, querida mujer, no existe -dije- lo ancho para mí, lo angosto para ti, además.

Me narró aquella experiencia. La actriz se mudó a los barrios del Oeste, cerca de la High Society.

-¿Y el lujurioso actor? -interrogué.

-Nada con él. Los males vienen más del corazón...

-...que de la entrepierna -completé, olvidando que a quien le hablaba era a una mujer. Me excusé y opté por no saber más de los siguientes personajes.

Me dijo que el dominico era un hombre que se había entregado completamente a los demás y que se propuso conversar con él sin perturbarlo. Pero los temas mundanos siempre son una amenaza para los santos, cuya opción debiera ser la reclusión. Lo trató con delicadeza y sin sobrepasar los lindes de la inocencia. Becky superó todas las pruebas, pero no concilió con el científico. "La ciencia no acepta su existencia, señorita, usted es un delirio. Objetivamente carece de materia, no es nada y no acepto su teoría, no solo porque es la teoría de una visión que me habla sino porque no es válido creer en realidades más allá de los ojos..." La mujer se enfureció y lo abofeteó. No toleró tal blasfemia. De allí es que me conocí.

- Vine a que nos salvemos juntos -me dijo-

- ¿De qué? -pregunté

Casillero 16

Becky estaba exhausta. Su misión más difícil estaba por empezar. Pese a que ella creía haber superado todas las pruebas, salvo la última; al decir verdad había sido derrotada en todas y no lo supo admitir. No redimió al avaro ni a la diva ni a los otros extraños personajes asignados. Yo era el último que le quedaba en mi tablero (dentro de su lista) y no sabía a ciencia cierta de qué

tendría que salvarme.

- Tienes dos lindas mujers -dijo.

-Gracias -respondí.

Le advertí que aunque mi vida no era una maravilla, no tenía una carga tal que la hiciera miserable.

- Tu corazón no ve bien -me señaló tocándose los ojos.

- ¿No ve bien? ¿Qué no ve bien? -pregunté, esta vez airado.

Le había mentido acerca de mi mujer, no estaba en Buenos Aires ni era publicista. Simplemente, había abandonado la casa hacía días atrás.

- No tienes certeza de nada, no sabes que será de ti en unos años -dijo, con la elocuencia de un adulto.

- No lo sé, nada es seguro. Tengo tres días para marcharme del mundo. Debo decirle adiós a mi casa y, de paso, abandonar todos mis proyectos. Por cierto mi poemario fue hecho en vano. Quizás no lo presente. Cien páginas para no llegar a nada, un atisbo de gloria. Un desperdicio. Perdí la casa de mis padres, ya vendida y arrasada. Bueno, mi padre murió súbitamente y mi madre empieza a mezclar las cosas. Está muy enferma. Ella vive en Nueva York, se la llevaron lejos. Ignoro su paradero. Lo único que me sostiene en el universo es escribir, pero...También sospecho que seré despedido de mi empleo. He escuchado rumores.

-Para eso vine -advirtió Becky- para salvarte, pero debes seguirme en el laberinto.

Por un momento la percibí como un hada celeste, la que dotó de vida a la marioneta de Collodi, el gran Pinoccio. Pero no vino a modificar mi carácter o a darme vigor o mayor juventud, sino a impedir una de mis decisiones más trascendentales, quizás la más abominable de todas ellas.

- ¿Sabes qué vas a hacer y de qué tengo que salvarte? -preguntó la mujer.

Parecía tener la respuesta y querer ocultarla porque el objetivo del juego era que yo descubriera aquel arcano.

- Quizás de mi última decisión, la más determinante de todas las que he tomado en mi vida, no podrás salvarme, Becky. Lo lamento por ti.

Me acerqué a la ventana solo para contemplar la majestad de los edificios cercanos. Le confesé que la vastedad de mi desierto me impedía seguir en la brega.

- ¿Por eso es que saltarás de esa ventana? -preguntó- ¿Y tus hijas?

Le expliqué muy sesudamente que los padres se desviven por los hijos, pero ellos nos sepultan a las finales y siguen sus existencias. Vienen a través de nosotros, pero no nos pertenecen. La familia no perdura. Le reiteré de mi soledad extrema, sin que Becky atinará con la frase que me cobijara cálidamente en una esfera protectora. Por mis miserias de hombre devastado ella, la mujer fantasmal, purgaría sus penas y no habría de jugar en la

siguiente partida.

- Lo siento por ti, Becky -le dije.

- ¿Y tu madre? -preguntó- ella aún te queda.

-Pronto no me reconocerá en absoluto, la memoria se le deshace como un helado -dije- y vive en Nueva York

- Pero debe haber algo...algo.

-No, la vida es muy cruel, Becky -repliqué- me harté de tanto palo y cadena.

Le confesé que no saltaría por aquella ventana, pues era la muerte más vulgar y aparatosa. Había formas más sofisticadas y elegantes. La muerte no puede constituirse en un escándalo. Le leí unos versos de Keats que habían sido mis más dilectos en los días recientes: *Entre sombras escucho; y si yo tantas veces/ casi me enamoré de la apacible Muerte/ y le di dulces nombres en versos pensativos,/ para que se llevara por los aires mi aliento tranquilo;/ más que nunca morir parece amable,/ extinguirse sin pena, a medianoche,/en tanto tú derramas toda el alma en ese arrobamiento.*

Becky parecía crispada, sin ninguna fórmula a la mano, sin la varita de las hadas. Los cuentos de magias son solo cuentos obtusos, infantiles, le dije.

Yo no era más que aquel que proyectaba su sombra sin reflejo en los espejos oscuros de su casa. Nadie repararía en mí, a nadie le importaría, hay demasiados muros entre nosotros, los Hombres. Nada había por hacer...

Becky se sentó para observarme sin encontrar ese gran mecanismo de relojería que le sirviera para redimirse y redimirme a la vez...

Casillero 17

Le ordené que abandonara aquella habitación y ella lo hizo, resignada a su condena y a la mía. Sabía que no había frase que me hiciera desistir. La luz violácea del sol vespertino se impregnó en el muro y me senté a escribir la carta que justificaba aquella fatal determinación.

- ¿Quieres conocer Var? ¿Te atreverías a saltar hacia el laberinto en busca del malvado Marco? -me preguntó-sé que podemos hacerlo desde el monte amarillo.

Desde luego que mi interés no era explorar universos contiguos o jugar antiguos juegos. Ningún paseo estelar me apartaría de la soledad de aquel entonces. Coloqué bien el pestillo, asegurándome que aquella mujer no me interrumpiría más y extraje aquel viejo revólver de mi cajón. Lucía aún refulgente y plateado, con el color de la muerte y las mareas fúnebres del mediodía. Resolví apretar el gatillo y volar aquellos sesos cultivados, cargados de filosofías e interrogantes disímiles. Me detuve y observé cada uno de mis libros y escuché en aquella lejanía la voz de mis hijas, el barullo de sus juegos infantiles. Sabía, no obstante, que ni la más mínima aproximación a Sonia aseguraba la tan deseada paz perpetua.

El destino y sello de lo humano es la guerra y la pobreza, viviremos en zozobra mientras haya vida. Subrayé uno de mis apuntes sobre una contratapa de mi libro de Tolstoi. "Homo homini lupus". Hobbes. El hombre

es el lobo del hombre. No hay esperanza, nada que aguardar de la paz, siempre tan episódica. Volví mis ojos al arma y la coloqué sobre mi sien derecha.

Becky apareció desde el vacío, superando las leyes de la física se hizo cuerpo y me advirtió que no era la mejor alternativa la del plomo en mis carnes.

- Te llevaré a donde quieras ir en el tiempo -dijo- adelantemos casilleros, encontremos la salida del laberinto y descubramos el gran secreto.

-No me salvarás ni te salvarás -repuse- ya tomé mi decisión.

De pronto todo se difuminó y mi mano no llevaba un arma sino un palo repleto de astillas. Era un campo extenso y árido. Becky venía tras de mí. A lo lejos divisé, dentro de una multitud a un hombre que hablaba desde un promontorio de piedras. Debía asumir que era el nazareno y que la mujer me estaba jugando una mala pasada. Bertrand Russell me había persuadido de la duda y Kant del error en toda aspiración metafísica, pero aquel hombre hablaba con un lenguaje que me era extraño y que, sin embargo, lograba comprender. A aquel hombre le habían llevado a un niño para que lo sanara de una parálisis y así lo hizo. Me introduje en el gentío para escuchar sus palabras. Tenía el rostro casi como el cobre y los cabellos muy negros y largos. Usaba una barba espesa que le cubría la garganta y le protegía del sol extremo de estas vastedades rojizas.

El sermón me era familiar y lo había leído en algunos de sus fragmentos. Pero algunas frases me eran novedosas. "El amor es la vida", "El trabajo nos redime y nos acerca al padre", "vendrá la noche para los apostatas", "la

misericordia del padre es infinita, sin excepción, pero confía"....

Becky me condujo por un camino estrecho y largo, entre dos muros blancos, bajando del monte. Asumí que me llevaba hacia la ciudad, pero parecíamos no llegar a ninguna parte.

- ¿Sabes quién era él? -preguntó.

- Sospecho que él es...

- Sí -dijo- pero no debí traerte, están muy molestos conmigo.

Me señaló que había roto una regla del juego general en la desesperación de salvarme y de salvarse ella. Los hombres no deben superar el umbral para quebrar con sus dudas los espacios más sagrados. Me hizo entender que yo no estaba preparado para ver lo que vi y que debía guardar silencio de todos los extremos de aquel sermón hasta que me sea dado el poder de "ver más allá de lo evidente". Se refirió a mi estulticia y que de esta nacían las ideas más peregrinas, incluyendo la de morir a mano propia.

El segundo viaje sí estaba permitido y era en una remota ciudad. Vi, a lo lejos, una plaza y otro hombre rodeado de hombres. Pero éste era inferior al primero y sin divinidad de por medio. No era un Dios como aquel sino un pedestre personaje bastante feo. Le relumbraba la calva al sol y le sobresalía el vientre como una protuberancia de gases y agua, parecía muy dura. Atenas. La indumentaria era diferente, predominando el blanco sobre aquellas pieles oscuras.

- Ellos cree que es malo trabajar -dijo la mujer.

- ¿Y es malo? -pregunté, algo extrañado por aquella sucesión de tiempos.

-No, pero ellos trabajan. Buscan algo -dijo Becky.

Reparé que aquel sujeto locuaz se llamaba Sócrates y que, al fondo, su mujer, Xantipa, gritaba ofuscada. Él se retiró entre risas y rechiflas.

- ¿Para qué me has traído si no he logrado escuchar nada de ese hombre sabio? -pregunté.

-Vamos a su casa -me propuso.

Por cierto, acepté. Me inquietaba que el filósofo de la humildad racional viviera preso de algunos problemas. Escuché en su sala, transpuestos con la magia de Becky, los bramidos de Xantipa. Sócrates callaba, pero oía. Veía mal que ocupara sus días en interminables diálogos en la plaza. Los hombres veían mal el trabajo, labor de esclavos e indigna de los seres con pensamiento. El ocio era una virtud siempre que se acompañara del trabajo intelectual. Lo que me extrañó es que el filósofo resumiera en algunas palabras su concepción del universo ante su mujer. El amor a la verdad ya no lo hacía tan feliz como antaño porque se había percatado que la verdad era inasible. Ningún discípulo de aquel hombre había tomado nota de su decepción y de su vuelta atrás. Solo yo y Xantipa conocíamos de los nuevos giros de la filosofía socrática hacia el hedonismo. Lo que antes lo había leído de Epicuro lo escuchaba de él, mi pasmo era turbador. Becky estaba petrificada. "Hedoné y Ataraxia lo es todo", decía el sabio.

De pronto descubrí que Sócrates había abandonado su viejo pensamiento por el placer como guía de conducta y por la huida sistemática de todo aquello que turbara su ánimo. La ataraxia es la liberación de toda turbación, un estado de paz y serenidad. Luego comprendí que aquel hombre bebió la cicuta, alertado de la imposibilidad de vivir en aquella paz perpetua que era su fin, luego su utopía.

No me precisó a qué tableros me había conducido y si estos estaban dispuestos en mesas distintas en aquella descomunal sala de juegos.

- Ahora ¿quieres conocer Var? -preguntó Becky.

Le dije que sí, que me partía la curiosidad. Un mundo yuxtapuesto, una dimensión extraña en la que, en ocasiones, nos veían pasar como almas en pena y nosotros a ellos, entreverados e invisibles. Habían ocupado la misma mesa. Reaparecimos en mi biblioteca y nos dispusimos a partir.

Casillero 18

Un viento helado cubrió mi frente y de pronto me vi envuelto en un remolino y atraído por una fuerza descomunal hacia su centro. Era una luz, como aquella que vislumbran los que van a morir. Mi vida pasó por mis ojos como una película. Asomaron, especialmente, mis culpas y aquellos trajines de los que debí arrepentirme a tiempo.

- ¿Estoy muriendo? -pregunté a la mujer, que me seguía en aquel vuelo espectacular.

- No, pero debes seguir el camino que siguen los muertos antes de llegar a Var.

Pronto llegamos a un páramo extraño. Miles de almas suplicantes amarradas a los muros de metal clamaban por un rezo, por un espíritu caritativo que orara por ellos. Una oración por piedad los liberaba de sus cargas y pasaban a otro nivel. En ese nuevo estrato paseaban por todos aquellos lugares en los que habían perpetrados pecados y crímenes, debían abrazar sus culpas, ser sometidos a sus faltas, padecer por el dolor de sus víctimas. Luego ascendían a otra escala y así sucesivamente hasta alcanzar una suerte de piso superior de una enorme estructura. Allí la luz resplandecía en los rostros. Era el umbral de la dimensión celeste. Becky me condujo por esos senderos, pero me llevó por una puerta distinta, tras la cual descendimos hacia un pasadizo. Mientras caminábamos un mundo distinto a todos los que había visto antes apareció. Era Var, pero no la que había asomado a mi vista la primera vez, sino una en la que predominaba un llano repleto de margaritas y rosas.

-Aquí está la casa de tus padres -dijo.

Yo solo veía una explanada florida. Me explicó que la ubicación era la que yo conocía, la del barrio de San Miguel. El espacio era el mismo, allí estábamos, pero en aquella dimensión no existían las casas ni las pistas ni las veredas ni los seres que poblaban San Miguel. Me llevó por la ladera de un cerro hacia una de las cuevas. Me señaló de su necesidad de salvarme. Que yo podía librarla de vivir una vida de prueba y dolor, una fuera de todo tablero. "Todos necesitamos una ubicación, una vida", dijo... Era, de suyo, extraordinariamente necesario saber de mi mundo. No entendía muchas de las cosas que solemos hacer y pensar.

Casillero 19

Le reclamé volver, le aseveré que mi decisión fatal estaba tomada y que nada me haría transigir. Su mundo no me impresionó y ninguna magia me salvaría. Le advertí que la Historia ya la conocía y también las filosofías. Mi asombro infantil había concluido a los catorce o quince años de edad.

Becky parecía desolada y pronta a abortar su misión. Tornamos nuestros pasos y volvimos a mi estudio. Retomé la tarea de empuñar el revolver con la convicción que todo no había sido más que un juego de mi imaginación. Becky fue nuevamente la mujer ingenua cargada de preguntas.

- Solo un favor, antes que yo sea castigada y tú seas muerto -dijo.

-¿Cuál? -pregunté.

-Llévame a conocer más -suplicó.

Tras despedirme de mis hijas, salimos juntos. Deambulamos por la Avenida Uruguay hasta el Centro Cívico. Era ahora un abigarrado centro comercial. Becky no habló, solo observó minuciosamente los movimientos de la gente. Caminó lentamente hasta una fuente, al final de un corredizo para mirar el juego de tres niños. Corrían y gesticulaban alegremente y saltaban y reían.

- ¿Quieres jugar? -me preguntó de nuevo.

- No, juega con ellos -le sugerí con aire calmado, concentrado en la caída del agua.

La mujer se unió al grupo y se deshizo en risas. Pateó una pelota que dio a parar en los pies de un anciano. Se acercó a él, sin inmutarse y luego se sentó a su lado. El viejo ocupaba una banca de madera y miraba lontananza sin ningún gesto. Le dolían las vértebras y estaba exhausto. Me acerqué para asegurarme de que Becky no lo incomodara, pero fue inútil. Ella le hablaba y él le hablaba. Eran dos energías diferentes.

- Mis hijos me echaron de la casa, yo vivía con ellos -le dijo.

- ¿Por qué? -preguntó Becky.

- Por qué ya no les sirvo -dijo el viejo fijando sus ojos en la tierra.

- ¿Y por qué ya no les sirve? -preguntó la mujer.

- Porque mi cuerpo les estorba, me atienden, me calman los dolores, están agotados. Ellos y sus mujeres, también el pequeño Jonás. Él quería mi habitación, que es muy grande.

Me acerqué para interrumpir, pero, a la vez, ganado por la ira y la desazón. Le ofrecí un cuarto en la quinta de Felipe Osorio, un viejo amigo. El anciano se negó, alegando que de nada le servía vivir solo. Los dolores eran intensos y la rabia infinita. Nos conminó a alejarnos. Resignado, supe que nada podía hacer para remediar su descomunal problema. Una lágrima se deslizó por su piel rugosa. Le presté un pañuelo, que le sirvió para envolver la manzana que Becky le había alcanzado.

Cuando nos alejamos, la mujer me increpó por no haber hecho más de la

cuenta, por no haberle ofrecido mi casa. Le hice ver que no era posible, que hay ocasiones en las que debemos atenernos a ver morir o padecer a la gente.

- ¿Nada podías hacer? -preguntó.

No le respondí porque sabía que en la hondura de mi pensamiento había múltiples respuestas y que carecía del valor para ponerla en práctica.

- En Var los viejos ocupan un lugar al centro de la mesa -dijo- ¿por qué dijo que estorbaba?

-Porque cada uno va ocupado en sí mismo. Solo los que producen y los que tienen esperanzas en el futuro cuentan. Los demás viven al margen, esperando...

-Morir, esperando morir -dijo la mujer.

- No, en algunas tribus viven los sabios de la aldea y son muy requeridos. Si eres sabio y dices cosas inteligentes, todos vendrán a ti, Es la vejez perfecta. Debes buscar tu propia utilidad.

- ¿Por eso lees tanto? -preguntó.

- No, nadie piensa en su vejez ni en la muerte. Nunca nadie está preparado para ellas -dije.

Becky observó al viejo guardando esta vez la distancia y observó detenidamente a los niños.

-En Var todos éramos niños. Mis padres parecían de quince años solares en sus cuerpos y lo seguirían teniendo así pasen noventa años.

Era, desde luego, un mundo idílico y se me hacía comprensible que el nuestro fuera una suerte de continuación del suyo. Recordé las visiones de Buda, el samsara, la tragedia de la enfermedad, la pobreza, la vejez y la muerte. En Var no existía más que el fin y tras ese umbral, algunos venían a dar a este purgatorio terrenal mientras que los más santos tenían una vía directa a los valles celestes.

Becky tomó mi mano y me llevó nuevamente hasta la fuente. Un haz de luz recorrió mis ojos, el relumbre del agua tocó mis pupilas. No pensé más en nada, solo vi el agua caer. Suspendí todo pensamiento. Por algún artilugio de su mente y de sus dedos, me impidió razonar, era solo el agua cayendo y la fuente calma y el objeto que asombraba a mis ojos. Por alguna razón sentí que había vuelto a ser niño.

Casillero 20

Culminé aquella experiencia maravillosa reparando en la urgencia de conectarme con las cosas, en vivir el aquí y el ahora. Hic et Nunc o Carpe Diem, al decir del poeta Horacio. Becky permaneció contemplativa, ya alejada de los niños que jugaban.

Nunca antes había sentido esa paz extrema, en el linde del Zen, de la mano de una filosofía exótica que me introducía en las cosas para adorarlas sin llegar a la radicalidad del panteísmo de Spinoza. Yo no me creía el cuento que sugiere que Dios habita en todas las cosas, no lo imaginaba en un cañón o

una guillotina.

- Mira a ese señor -me dijo la mujer, interrumpiendo mi arrobamiento.

- Lo veo ¿quién es? - pregunté.

-Acaba de perder su trabajo y se ha sentado en aquella banca porque no se atreve a ir a su casa a contárselo a su mujer. Tiene tres hijos aun pequeños.

- Debe estar crispado, abrumado, preguntándose de mil formas qué hará - observé.

- ¿Qué es estadística? -preguntó la mujer - en su mente repite lo mismo: "no soy una estadística, soy un humano"

- Es cuando te conviertes en un número. No nos solemos preocupar del drama familiar y personal de muchas personas, solo de cuánto reporta o cuesta, de cuán pobre es, de cuánto compra o vende.

Becky no lograba entender la lógica de los costos. En su mundo todos tienen una significación mayor y a ella le espantaba venir a este mundo azaroso para ser una estadística o vivir en zozobras. Le referí que, no obstante, el desarrollo de las industrias en la mayor libertad había producido mejoras en la vida de las gentes. No era posible derrotar a la incertidumbre, debíamos someternos a los cambios bruscos y a ser dominados por la marcha del sistema. Le dije, además, que los proyectos de asegurar la igualdad y la certidumbre habían fracasado, derivado en tiranías y en mayor pobreza.

- ¿Podemos hacer algo por ese señor? -preguntó.

- No lo creo. No tengo una fábrica para emplearlo ni el suficiente dinero para salvar su situación -le advertí.

- No conseguirá un trabajo. Puedo verlo en la esfera (extraje una extraña bola cristalina de su bolsón).

-¿Qué más ves de aquel pobre extraño? -interrogué.

- Sus hijos perderán la escuela y deberá clamar ayuda en las calles. Veo llanto en su casa.

No había manera de resolver aquel problema y ni un generoso cúmulo de billetes lo redimiría de su porvenir oscuro y denso. Me negué a tornar a la contemplación del agua, era un crimen prolongar aquel goce mientras el hombrecito de la banca permaneciera allí o en cualquier otro lugar prolongando su desgracia.

Becky me llevó de las manos cerca de la torre del mirador. Al pie había otro hombre. La mujer me indicó que le habían dado recién el más fatal de los diagnósticos, tenía una enfermedad que lo mataría en dos meses. Era inexorable. Como el anterior, dudaba en llegar a su casa y en transmitirle su desgracia a la mujer que lo había acompañado durante los últimos veinte años. Sus hijos cruzaban la pubertad y él habría de morir indefectiblemente pronto. Había torcido la boca y proferido las palabras más soeces, preso de la rabia y de la pena.

- ¿Llora solo porque va a morir? -preguntó Becky.

- No lo sé. Lloro porque hay un adiós de por medio, una separación definitiva, su familia ¿entiendes? Lloro por él, por su propia historia, por lo que fue o no fue. Lloro por miedo.

- ¿Por miedo también se llora? Nosotros no lloramos por miedo -dijo con candor delicado.

-Bien, no sé si lloro por miedo; pero tendrá que preguntarse hacia dónde irá si es que es creyente y morir en paz si no lo es, resignado al sueño infinito.

Le dije que había un filósofo llamado Pascal, que también era matemático y que deducía que en cualquier caso lo más razonable al propio interés es creer. El corazón, después de todo, conoce razones que la razón ignora. Y si es que se equivoca creyendo pierde menos que si se equivoca de incrédulo. El infierno podría ser real.

- Al menos podrá pensar en lo que podría venir y hacer algo, orar, como lo hacíamos en Var.

- ¿Oraban en Var? -pregunté.

- Sí y por cualquier cosa, pero más para dar las gracias.

-¿Gracias de qué? -pregunté.

- Por todo. Ustedes no dan las gracias. No me diste las gracias.

- ¿Por qué debía darte las gracias? -interrogué.

- Por haberme conocido. Yo sí te doy las gracias.

Becky me condujo nuevamente a la fuente y me pidió volver al estado anterior, pese a lo que habíamos visto y a las culpas que me sobrepasaban. Así lo hice.

Casillero 21

Absorto por el resplandor del agua, abandoné todo pensamiento. Becky solo se redujo al papel de observadora silenciosa y remota. Por alguna razón la paz me invadió y no pretendí más tocar las fauces de la vieja oscuridad.

- No entiendo porque querías morir -dijo.

-Considera que has cumplido tu misión y que te puedes ir -respondí.

Si yo desistía de mi viejo propósito y aceptaba ir con ella al laberinto, Becky podía alcanzar las cumbres del cielo y yo adquirir poder sobre mi propia vida. Pero ella sabía en el fondo que el hombre vive entre humoradas y que es regido por emociones recurrentes. La paz bendita no es definitiva y tras ella, insospechadamente, puede venir la guerra. Nada es definitivo ni categórico y solemos escribir, hablar y decidir en el contexto de cada coyuntura que nos domina. Sabía que no le creería tan fácilmente.

- Todavía no he cumplido mi misión -advirtió- volverás al deseo de morir, porque crees que has fracasado. Si vienes conmigo al laberinto, lograrás todo lo que has deseado siempre y no desearás nunca más morir. Antes debes matar a Marco.

-¿Cuándo viajaremos al laberinto? -pregunté

Volvió a su esfera reluciente y me mostró una imagen aterradora tras otra. Me hizo creer que no estaba a salvo de ninguna de las desgracias por venir y que son aquellas breves islas de paz las que me deben concernir sobre todas las cosas. Te quedarás sin empleo, no sabrás qué hacer, te angustiarás por alimentar a tus hijas ¿Qué harás? Vender libros. De pronto me sentí desprotegido, a merced de fuerzas superiores a la mía.

- ¿Quién eres? -preguntó la mujer.

- Ya te lo dije, soy Tony y sabes toda mi vida.

- Quiero saber más y que tú me lo digas. Quiero saber si tienes el valor de enfrentar a un dios.

- Soy periodista y poeta y pienso todo el día sobre las cosas y también escribo sobre ellas. No soy un guerrero. Carezco de poder.

- ¿Eres un sabio o algo así?

- No, no lo soy ni lo seré -dije con modestia franca.

Le señalé con detalles algunos aspectos de mi existencia que ella parecía ignorar y derivé en mis actividades habituales.

- Soy poeta

- Eso lo sé -dijo- por eso deberías reinar ¿Y qué hace un periodista?

- Buscar la verdad e informar sobre ella -respondí.

Le expliqué algunas de las pautas, el amor a la verdad, que también es suicida, pues por la verdad el vínculo social se puede destruir. Pero tales razonamientos ya los había esgrimido en algún momento y Becky me había comprendido.

En su esfera se percató que existían las redes sociales y que en una de ellas la gente trazaba ideas, comentaba noticias, informaba y, sobre todo, daba cuenta de su vida privada y hasta colgaba fotografías. Se refirió a un hombrecito que en ese preciso instante descubría el presente real de su viejo amor. La bella Luisa de la academia preparatoria, veinte años después, no era la bella Rita. Era feísima. Todos sus amigos parecían irreconocibles. "El tiempo es cruel", musitó.

- Así ocurre -le dije, mostrando algunos rastros de mis propios pasos por la mágica red.

Le dije que los de Var parecían muy evolucionados en sus mentes, pero la tecnología no les había sido propicia. Era uno de los aspectos de aquel mundo que yo no lograba comprender. Una mente privilegiada sin tecnología y habitando cuevas era un enigma en mi lógica utilitarista. Le enseñé algunos de mis correos y me interrogó sobre la velocidad de los tiempos modernos y la prisa. No entendía aún la ley de los relojes, el tiempo real y el apuro por llegar.

- Aquí no me respondieron el correo -le enseñé.

Se extrañó de mi teléfono móvil y se encantó frente a su magia multipropósito. Por ratos creí que la estaba persuadiendo que este purgatorio era bastante lúdico y que no oficiaba necesariamente de territorio de penas y flagelos.

- ¿Y por qué ese señor no te contestó el mensaje? -preguntó.

-Porque soy un cero muy grande para él. No le reporto algo que sea de su interés. Me respondería raudo si yo fuera un ministro, le ofreciera fama, dinero o un empleo mejor. Así somos -advertí.

- ¿Y tú eres así? -preguntó.

-No, desde luego que no. Suelo responder a todos, salvo que el tiempo me apremie. La grandeza reside en la sencillez. Pero ya luego te hablaré de ella.

- No entiendo por qué no te contesta ese señor. Veo que te leyó y que se fue luego a comer helados y te olvidó. Cuando tengas el gran secreto del universo, todos te responderán, todos vendrán hacia ti.

En realidad, nada me sorprendía de la entraña humana y de la soberbia, tan natural al hombre. Becky encontraba cada vez menos argumentos para persuadirme de no persistir en mi marcha al abismo. La decepción sobre la humanidad no es razón para matarse con una bala, es ruin. Eso decía en sus propias palabras mientras jugueteaba con el agua de la fuente; pero las

miserias que había observado a lo largo de estas horas la invitaban a abandonar el esfuerzo de salvarme.

A lo lejos, una mujer giraba sobre sí misma. Estaba vestida con telas muy apretadas al cuerpo y lanzaba miradas llameantes sobre los transeúntes.

- ¿A quién espera esa mujer? -preguntó la mujer.

Casillero 22

La mujer se detuvo y se curvó al filo de la vereda para conversar muy brevemente con el piloto de un auto viejo. Luego ella abordó y se perdió con él al fondo de la avenida. Becky no sabía de los negocios terrenales y le expliqué que era una prostituta, alguien dedicada a rentar su cuerpo para satisfacción de algunos hombres.

- ¿Por qué algunos hombres van con ella? -preguntó.

- En lo personal, mujer, creo que es una vileza, pero otros lo asumen como un acuerdo entre adultos -respondí.

- ¿Y qué satisfacen esos hombres? -interrogó.

Por supuesto que era complicado explicarle a una mujer las máximas del deseo. Le noté que el deseo da pie al encuentro de los cuerpos y tras él viene la Petit Morte, al decir de los franceses. El deseo muere.

- ¿Y por qué esos hombres quieren matar el deseo? -preguntó.

- Porque es angustia y lo que se busca es el sosiego, pero en sosiego se aspira a desear nuevamente. Es un juego del instinto, no entenderías.

La mujer estaba confundida, no entendía aún porque si el deseo es vida, el hombre aspiraba a destruirlo. Al decir verdad, yo tampoco lo entendía muy bien y deduje que la entrega entre los cuerpos no es plena, salvo...

- ¿Salvo qué?

- Que esté envuelta en un manto cálido de amor, que se acompañe de ternura y amistad. Entonces el encuentro entre un hombre y una mujer es un detalle de algo más importante ¿entiendes ahora?

- No -respondió la mujer.

En Var rige la generación a través de los laboratorios, no existe el deseo y el instinto solo sirve para el alimento. Desde luego que no podía profundizar aquellos temas con una mujer fantasmal, centrada en lo etéreo y en cargar con todo mi peso para salvarme.

- ¿Qué es eso que llamas "amor"? -preguntó insospechadamente.

Le hablé de un extraño mito. En realidad, lo inventé para ella tratando de explicárselo de la mejor manera: "Un día Dios creo un ser y lo hizo bifronte. Era masculino y femenino. Luego creó otros y otros seres más. Eran millones y un mal día, el demonio apareció y en aras de pervertir el orden dividió a cada ser en dos. Todas las partes se extraviaron en el cosmos y desde entonces cada uno vive en busca de esa parte exacta, precisa y única que no

se nos dio al nacer. Claro que, por lo general, nos encontramos en la vida con partes disímiles, la mayoría no encaja entre sí. El amor genuino, descomunal, será el de aquel que hallé a su verdadero complemento, el que perdió en el origen del universo".

- Es un cuento -dijo ella.

- Que tiene mucho de verdad -dije en contrapartida.

- Pero la vida es un juego del azar, nadie encuentra a su otra mitad buscándola. Nadie sabe dónde se encuentra el otro -comentó Becky.

-No, pero la esperanza subsiste para el solitario -repliqué.

Se abrió una zanja de silencio y me convenció que, de ser así, su mundo no se hacía problemas, tampoco se hacía preguntas. Me conminó a abandonar mi propósito de aniquilarme. Me mostró en su esfera las múltiples posibilidades que me ofrecía la vida si es que Marco moría. Pero había perdido a mis padres en cierto modo y mi casa y la raíz y lo que relucía frente a mis ojos era una familia que podía diseminarse en la última batalla. Yo podría morir, seguir los pasos de mis muertos. El desempleo se abría como una posibilidad inminente. Solo tenía por segura mi pluma, pero también la cordura era precaria si mi universo lo era. "No tengo nada que perder".

Antes de habitar una estepa prefería dar fin a mi existencia, "todo pende de un hilo en la vida, la vida misma pende de un hilo y mi corazón está enfermo, se destruye mientras más se tensa". Le recité el monólogo hamletiano y como al Príncipe nórdico asumí que de morir a mano propia el destino podría ser

fiero en el otro mundo. Nada me aseguraba una mejora.

Becky me observaba en silencio, capturada por todas las miserias que había descubierto en el azaroso paso de la humanidad. Había leído la historia de las guerras, supo del holocausto judío en la Europa nazi, conoció de la maldad de Stalin, Mao y de otros más. Parecía carecer de las palabras adecuadas y no entendía por qué no enviaron en mi rescate a un adulto sabio de Var, por qué a ella, que apenas dominaba el lenguaje y tenía la visión parcial de quien ha visto y vivido poco.

Casillero 23

Por momentos me convencía que todo no había sido más que una ilusión de mi mente, un extraño desvarío. Opté por cerrar los ojos, persuadido que al abrirlos Becky no seguiría allí. Pero muchas veces el experimento de soltar los párpados y despertar en una realidad distinta había sido infructuoso.

- ¿Crees aún que soy un sueño? -preguntó, balbuceante, la mujer.

- Soy muy realista y no creo en las fantasías -respondí rápidamente.

Me enseñó los pliegues de su vestido y me conminó a tocarlos. Percibí la textura de aquella tela suave. Era tan real como el Real Plaza y la fuente, como el agua que me rociaba sutilmente.

- Pero no entiendo aun la causa de tu infelicidad -dijo.

- Todo es tan inseguro, podría terminar como aquel pordiosero que ves allá - señalé hacia el parque- vivo cargado de miedos.

- ¿Por qué? -interrogó la mujer.

-Porque somos prescindibles, como cualquier elemento del mobiliario. Mañana mis hijas pueden padecer el hambre que ni yo padecí. Mis seres más cercanos se pueden ir como una tromba de viento, como un huracán todo se va. Perdí a mis padres y su vieja casa. No hay rastros del viejo en la Tierra, todo lo demás ya lo conoces.

- ¿Y por eso no eres feliz? -preguntó con aire desenfadado.

No admití que tornara a las crónicas de Var. Le advertí que, de quedar desempleado por la crisis que asolaba al país, incursionaría en el mundo del crimen, el mal como último recurso o el suicidio.

- ¿Robarás? -preguntó.

- Sí -le dije- robaré un banco.

Becky agachó la cabeza y se mantuvo callada por varios minutos. Su esfera relucía con tonos naranjas y verdes. Parecía querer decirme algo, pero una fuerza superior a ella la contenía.

- Conozco lo que podría venir –dijo-venderás muchos libros. Serás rico, pero antes debes ir conmigo hacia el laberinto y buscar a Marco. La otra opción es rechazar el viaje y padecer hambre y pobreza.

Pude observar en su esfera que me despedirían, la oficina y que los viejos relatos y crónicas quedarían atrás. Abandonaría la escritura y me dedicaría a tareas urgentes en pos de unos mendrugos para mis hijas. Nada sostendría aquel hogar y en la cumbre de la desesperación robaría una agencia de aquel banco que mis ojos contemplaban solo para ahorrar y hacerme de una vida mejor. Pero el futuro ya no era lo que era, en términos de Valery (Cementerio

Marino), era otra cosa y asomaba a mis ojos estupefactos.

Yo, Tony Canepa, me había convertido de pronto en un criminal. No ahora, en unas semanas o meses, destruiría todo lo que edificué y apuntaría hacia el rostro de un cajero. Huiría con varios miles y sería capturado ¿Era inexorable?

Vi más. Tras la captura sería depositado en una jaula de tres por cuatro junto a otros criminales peligrosos y sería vejado sin piedad. Viviría algunos años en esa prisión y adquiriría las mañas y hábitos de los más crueles. El mal se apoderaría de mí como en un inicio se apoderó de Jean Valjean en Los Miserables. Él purgó prisión por hurtarse un pan y dio a una prisión. La misericordia de un religioso lo transformaría. A mí no. Yo no robaría un candelabro tras mi libertad. No tendría un obseso de la Justicia tras mis pasos, como lo tuvo el buen Valjean. Yo abrazaría el mal como una respuesta, como una reivindicación, como la desobediencia civil de Thoureau, aunque mal entendida y practicada.

- Solo sabes ver las desgracias que te podrían ocurrir, pero dime, ¿qué es el mal? -preguntó Becky.

-No lo sé bien -dije- asumo que apartarse de las directivas de Dios o algo así.

La mujer seguía sin entender, pero me mostró más. Tras la condena, yo tomaría las sustancias más extrañas y bebería mucho licor. Las faltas de oportunidades pueden ser destructivas, le recordé el caso de Hitler, rechazado por la Academia de Arte, dio a parar en la raíz del mal y del odio, entró en la política, aferrándose a los ideales más malsanos. Si lo hubieran admitido sería un artista como Van Gogh o algo menos. Memorable en el lado claro de las cosas.

Me mostró el destino, mi caída, mi muerte a manos de la Policía o la riqueza y la abundancia de todo lo que es apetecible. Son dos caminos posibles.

- ¿Se puede caer tan fácil en el mal?

- No, pero la desesperación más honda, como la furia más intempestiva, puede llevar al error y hundirte en un remolino que te conduzca al mal. El hombre más dócil, el santo varón, no está libre del yerro y la necesidad y de la pasión abrupta.

- Pero tú eres un hombre honrado, lo veo en tus ojos. Veo que no harás nada de aquello que viste, no robarás, pero serás rico gracias a mí, a Becky Blue. Deberás contar a otros lo que has visto y lo que verás. Lo que verás mañana es más interesante, es la odisea, tu viaje hacia los territorios de Marco. Es uno de los caminos que se abren si me sigues hacia el laberinto. Debes elegir ¿Has oído que los cobardes mueren todos los días y los valientes solo una vez?

Vi que había un viaje por hacer y me estaba animando a hacerlo. Becky me indicó el sendero de mi propia redención, una alternativa que yo hasta entonces había ignorado. Esta era, tal vez, mi última opción.

Casillero 24

Hay varios mundos por conocer, me dijo Becky. Son diversos tableros en distintas mesas. Yo vivía en varios tableros. En uno era médico, en otro un albañil, en otro un hombre rico. Los dados habían definido mi suerte en cada tablero. Sin embargo, en este mundo estaba mi conciencia y era el que me importaba. Fingí no prestarle atención esta vez. Ya había visto Var y hasta las comisuras del mismísimo infierno. No me sorprendería esta vez con paisajes aterradores, pero lo hizo. Me sugirió seguirla, que entre las galaxias y en ese

mundo sideral que nunca atrajo mi atención había una infinitud de mundos. Si encontrábamos el gran secreto, todos mis bellos sueños se harían realidad. En Epsilon el carácter principal es el pesimismo. Abundan los agoreros, los que te asustan, los que cubren de sombras cualquier atisbo de ilusión. En Bartex la mayoría son dogmáticos e intolerantes, no aceptan la discrepancia y menos aún la disidencia. Verás que hay un planeta, muy al fondo de la vía láctea, Roderis 008, son hipócritas, rige la simulación. Creen que la verdad es peligrosa. Muy cerca está Mayest, un reino en el que no existen variantes y todos justifican el mal. Su contraparte es Bordex, donde sus habitantes son santos y humildes; pero nunca te debes de fiar.

- Te llevaré a conocer esos mundos y otros muchos más, pero no confíes en nadie. Es un juego de inteligencia, si fallas te matarán antes de llegar al palacio de Marco -dijo la mujer –Si temes nunca encontrarás la respuesta que estás buscando. Esos mundos son los caminos del laberinto. Los dioses no juegan a los dados en aquellos mundos.

Me advirtió que salvo en Bordex, todos los tableros contienen monstruos, que no son los horribles especímenes de la fantasía humana, monstruos por sus vicios y sus pasiones, desalmados unos, mentirosos los otros.

- Solo será un mes -dijo.

Asumí que era una manera de dar reposo a mi alma entre tantas tribulaciones, como el retiro dominico al que no fui por falta de tiempo y oportunidad. Esta vez sería distinto, conocería muchos mundos y a sus inefables habitantes. Era el laberinto que, según Becky, era peligroso.

- Si sobrevives y cumples tu misión, llegarás como un hombre nuevo -me

dijo, no ocultándome la enorme probabilidad de morir en el intento.

Supuse que era su último esfuerzo por salvarme y, por alguna razón que desconozco, acepté. Fijamos la fecha para cuando la seguridad de mis hijas estuviera garantizada. Sonia llegó y yo concebí una mentira. Informé de un viaje de trabajo a Europa, una comisión larga, acompañada de unas jornadas de estudio en Salamanca.

Cuando llegó el día señalado enrumbé a la casa abandonada de mi padre, desde su sala nos desmaterializaríamos. Era el lugar preciso en que Becky apareció por primera vez. Si era un sueño o una ilusión de mi locura, estaba determinado a dejarme llevar a ese extraño y peligroso laberinto.

Fue esa mañana que Becky y yo viajamos juntos hacia el laberinto...

(Continuará)